

Estudios La Mennais

LA PROVIDENCIA

Hermano Josu Olabarrieta
Mayo 2013 N°2

Introducción

Ninguna palabra aparece con tanta frecuencia y con tanta fuerza en los escritos de Juan María como Providencia. Basta contar las recurrencias en el conjunto de su Correspondencia o en los Sermones: La Providencia que tiene proyectos de amor, y sólo de amor, con todos los seres humanos; la Providencia que trabaja callada y discretamente en la historia; la Providencia que muestra su voluntad en personas, situaciones, acontecimientos; la Providencia que lo acoge y lo envuelve en sus cuidados maternos; la Providencia que balizaba los proyectos que él iba a emprender

La Providencia...

Al hablar de esta realidad, Juan María es heredero de una corriente espiritual que venía de lejos, de siglos atrás, en los que se había hablado con acentos encendidos de “confianza” y “abandono”, una espiritualidad que se había extendido por la geografía francesa en la palabra vibrante de predicadores y que se había alojado en las conciencias gracias a los tratados de maestros espirituales de la talla de Francisco de Sales, Jean-Pierre de Caussade. Contenido espiritual que en el siglo pasado cobró vigor y actualidad por el crédito de Teresa del Niño Jesús, o de Carlos de Foucauld.

Pero el hablar de la Providencia no es excavar en la venas de un misterio, profundizar en un tema ideológico, investigar los perfiles de una palabra fría...

Es mejor hablar del “Dios Providente”. Y por ello, creer en la Providencia es volvernos con Juan María a la experiencia fundante de “sentirnos recibidos” de las manos de Dios. A partir de este momento originante es donde fluye el sentido del cuidado regalado, la atención

donada, el destino final de salvación de cada ser humano, de la creación y de la historia.

Desde el Abbá evangélico vemos al Creador como el que ha hecho al hombre por amor, y sólo por amor. Lo crea y lo sostiene continuamente en el ser, con la única y exclusiva preocupación de hacerle avanzar, apoyándole en su esfuerzo por una realización lo más plena y humana posible.

Todo nuestro ser está perennemente amasado por su dinamismo amoroso, que se manifiesta y encarna en el impulso vital, en el deseo del bien, en el ansia de fraternidad y plenitud. Ese impulso en lo que tiene de empuje hacia la realización personal y social respeta la libertad humana y se ejerce como ofrecimiento gratuito. Esta libertad, por su parte, es una libertad finita, jamás plenamente dueña de sí misma, continuamente lastrada por la inercia y asediada por el instinto. Dios, que nos ha creado y “sabe de qué masa estamos hechos”, se vuelca sobre nosotros, aplicando todo su ser, que “es amor” (1 Jn 4,8.16), para ayudarnos, potenciarnos, dinamizarnos. De tal suerte que vivir auténticamente es acoger su dinamismo realizador y salvador, ser es “dejarse ser” por él, actuar es aceptar y “consentir”.

Vivir “desde Dios”, ése es el gran descubrimiento de toda experiencia religiosa auténtica. De la cristiana lo es, si cabe, con mayor razón, dado su carácter personal e histórico. “Nadie puede acercarse a mí si el Padre que me envió no tira de él”, dice el Jesús joánico (Jn 6,44); y “ya no vivo yo, vive en mí Cristo” (Gál 2,20). Ese es, por tanto, el más genuino y definitivo programa de vida: abrirse a Dios, dejarse trabajar por la fuerza salvadora de su gracia. No “conquistarlo”, sino dejarse conquistar por él; no “convencerlo”, sino dejarnos convencer... no “rogarle”, sino dejarnos rogar. ¿No va por ahí la misteriosa y fascinante sugerencia del Apocalipsis: “Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos”? (Ap 3,20)

De todo esto se habla cuando se habla de la Providencia. Todo esto encierra esa palabra.

Pero hay que aceptar que, por una inadecuada comprensión de ella, por largas controversias filosóficas, por unas concepciones y prácticas entre los creyentes que han sido caricaturas del Dios-Providente, se ha producido al menos, un respetuoso silencio sobre el tema. “Nuestra

modernidad hace un uso menor del término y experimenta algunas prevenciones declaradas frente a ella (la Providencia)".¹

Esto es muy grave porque «lo que no se expresa en el correr de los días va dejando de existir para los otros y también para mí. El lenguaje tiene una gran fuerza, crea realidad».

Quizás por eso, el cardenal Suhard, arzobispo de París, hace ya más de 60 años, en la cuaresma de 1948, empezaba así su Carta Pastoral: "Este año vamos a hablar de Dios. (...) La razón profunda por la que queremos hablar de Dios, es porque no se habla ya de Él. En el mundo que Él hizo, ya no tiene sitio. Se ha convertido en el Ausente. ¿Cómo quedar insensible y mudo frente a este hecho y este escándalo?".

Nosotros dedicamos este número de Estudios La Mennais para profundizar en algo esencial en la espiritualidad de Juan María y en toda espiritualidad cristiana. Con la convicción de que, como lo fue para él, es para cada uno de nosotros fuente de vida, de plenitud, de valor y de acción misericordiosa.

Cuando el Capítulo General de 2000 perfiló unas líneas escuetas del carisma menesiano, señalaba la confianza en la Providencia y lo hacía así, sencilla y certeramente: "El abandono en la Providencia vivido como disponibilidad y confianza audaz que disponen a la paz y a la alegría".

Merece la pena cada mañana recibirse de las manos de Dios, sentirse durante el día dinamizados por sus manos, y recogerse en su seno cada noche. Una vida hecha de agradecimiento, confianza y abandono, hace surgir un torrente de alegría, fiesta y liberación.

¹ Pierre-Jean Labarrière. *Providence*, Dictionnaire de Spiritualité. p.2464

1- ES DIFÍCIL HABLAR DE LA PROVIDENCIA.

“¿Cómo hablar hoy de un Dios “providente”? Ante el espectáculo de nuestro mundo, complejo, caótico, violento, ¿cómo ver en él la huella de un Ser “todopoderoso”, benevolente con su creación y especialmente con el hombre? ¿Hay que tener una mirada “extralúcida” o ingenua para atreverse todavía a afirmar que Dios obra en la historia?”²

Hoy es particularmente difícil a la sensibilidad del hombre actual admitir y acoger la Providencia de Dios, o mejor, acoger con fe serena y alegre confianza a un Dios Providente. Hay mil razones que se aducen, razones de peso, razones de profunda densidad, para dejar de lado o rechazar tal creencia. Porque esa fe en la Providencia podría justificar una imagen infantil de Dios, podría convertirse en una coartada para el “pasivismo”, podría ser una caricatura vergonzosa de un Dios Padre que contempla y asiste impasible al dolor y la muerte de sus hijos...

Basta escuchar estremecido los acentos vigorosos y doloridos de algunos testigos del “silencio de Dios”: El horror que produce la imagen un camión, volcando su carga de cadáveres sobre un foso en llamas

Nunca olvidaré esa noche, la primera noche del campo que hizo de mi vida una larga noche, una noche cerrada con siete cerrojos. Nunca olvidaré aquel humo. Nunca olvidaré las caritas de los niños cuyos cuerpos vi transformarse en volutas bajo el oscuro azul mudo. Nunca olvidaré aquel silencio nocturno que me privó para toda la eternidad del derecho de vivir. Nunca olvidaré aquellos momentos que asesinaron a mi Dios y a mi alma y a mis sueños, que tomaron el rostro del desierto. Nunca lo olvidaré. Ni aunque estuviera condenado a vivir tanto como el mismo Dios. Nunca.³

Sin esta dureza, sin esos acentos tan fuertes y estremecidos, a Juan María tampoco le resultó evidente la experiencia de la Providencia. Así lo vivió durante su vida y así se lo enseñaba a los discípulos, a los que iban a vivir en un mundo que les repetía incesante el clamor antiguo de la Biblia:

² François EUVÉ sj. *Comment parler d'un Dieu provident?* Christus, n. 174.

³ Elie Wiesel. *La noche, en La noche, el alba, el día*, Muchnik, Barcelona, 1986, p. 44.

“¿Dónde está tu Dios?”. Pregunta que no encontraba respuesta en los razonamientos humanos, porque encontraba sus ecos en los fondos del silencio íntimo:

*“Soy consciente de que es penoso algunas veces no saber positivamente a qué atenerse acerca de un futuro que nos toca de cerca; y un abandono desconcierta **nuestra sabiduría y nuestra prudencia**. Sin embargo en este abandono consiste el mérito : sustine sustentationes Domini. La sabiduría humana dice: pero lo que pides no es razonable; **una sabiduría más alta, la fe**, responde: amen, alléluia !”⁴*

No hay respuestas a la luz sólo de la razón, no hay solución meramente humana al dolor, a la sed humana siempre insatisfecha de felicidad y plenitud. En la fe sólo hay atisbo de esperanza.

En un momento en que el hombre se ha creído poseedor y dueño del mundo y de la historia, el término sólo de Providencia produce una sospecha o un rechazo, como si se recurriese a ella en busca de una ayuda para cubrir las necesidades frente a las que no tenemos el valor de enfrentarnos.

Es difícil hoy aceptar que todo es gracia, que la voluntad soberana de Dios es una voluntad llena de misericordia y ternura. Así lo expresaba Juan María :

¿Por qué los males físicos que nos desolan, por qué estamos continuamente expuestos a las enfermedades, al dolor, al hambre, a la sed, al frío y al calor? ¿Cómo puede obrar así, de cara a sus hijos, un Padre tierno?⁵

Pocas líneas antes, en un escrito contra las tesis de Bayle, un filósofo y escritor, con quien nada menos que Leibniz había mantenido una controversia famosa en torno al mal, Juan María encontraba la raíz profunda del mal en la creación y en la historia. El mal del mundo no procede de Dios, sino de los límites esenciales de todo ser creado.

Bayle ha dado a los enemigos de la Providencia las más peligrosas armas de las que se han servido contra ella. Ha empleado sofismas

⁴ A la Congregación de San Pedro, 1829 (?). S VIII 2459-60.

⁵ *De Dieu*. Texto manuscrito, Cf. *Sermones* I p. 129.

artificiosos para demostrar que la existencia del mal no podía conciliarse con la de un Dios bueno...; yo voy a demostrar solamente que el creador no estaba obligado a seguir un plan que excluyese todas las miserias y todos los males.

Lo primero que hago notar es que Dios, al no poder crear nada igual así mismo, su obra es necesariamente imperfecta e infinitamente por debajo de él.⁶

Es sorprendente que esta tesis de Juan María, la de un Dios que no puede crear la infinita perfección – la inevitabilidad del mal – sea un polo fundamental en el que los actuales pensadores cristianos se centran para dar respuesta al problema del mal en el mundo y de presentar a Dios como el Anti-mal infinitamente entregado a la promoción de sus creaturas.

El poeta Miguel Hernández escribió un poema desnudo y sobrio:

Llegó con tres heridas:

*la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

Con tres heridas viene:

*la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.*

Con tres heridas yo:

*la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.*

Así contaba, cantaba, la vulnerabilidad esencial del ser humano, su limitación, su “dolor” esencial, su vacío. Junto a esas tres heridas hay también una cuarta que, en cierto sentido, atraviesa y contiene las otras tres: ¿estamos solos o existimos ante Alguien? ¿Podemos confiar en ese Alguien o sólo temerlo? El último fundamento de las cosas y, por lo tanto, también su futuro, ¿es el Amor o sólo la soledad! ¿Redimirá Alguien tanto amor entregado y tanto sufrimiento padecido, o tendremos que acostumbrarnos definitivamente a no formular ya más esa pregunta

⁶ *De Dieu*. Texto manuscrito, Cf. *Sermones* I p. 129.

sobre los cadáveres de las víctimas y de la gente que amamos y ya se fue?

Para preguntas de ese calado Juan María – lo mismo que Jesús- no cuenta con recetas. Lo que sí puede ofrecernos es su modo personal de situarse ante ellas: de padecerlas primero y de procesarlas después. ¿Porqué no acercarnos a él y ponernos bajo su sombra? ¿No podría sucedemos, tal vez, que su modo personal de vivir la pregunta por la providencia de Dios - también para él fue una pregunta-problema, como lo está siendo para nosotros- descubriera que ése es nuestro modo más auténtico de situarnos en toda encrucijada humana?

Nota: Como en el cuaderno anterior, aparecerán enmarcados testimonios escritos de personas que han reflexionado sobre el tema del cuaderno. El que viene a continuación es de un joven y no lo ha hecho por escrito, sino que lo que sigue es transcripción oral. De ahí, el estilo y la sintaxis libre y sin cuidar.

Algunos intentamos asumir que no hay Dios, pero es muy complicado asumirlo.

Muchas veces buscamos a Dios en las personas, ¿no? O una persona que actúe de eso. Y no, porque las personas siempre fallan. La fe es algo que tienes que vivirla tú dentro, y yo lo que he vivido...

La única revelación que he tenido la única verdad que yo he experimentado es que no hay verdad. La respuesta que yo tengo es que no hay respuesta... Es duro, es duro, para alguien que se pregunta mucho y yo me pregunto mucho. Es duro y sufres, porque hay un vacío, y un vacío que no se llena y...

Lo fácil es creer en un **Dios**, lo fácil es decir que hay un Dios **que te cura, te protege y a quien le importas**. Pero lo cierto es que yo no lo sé.

Yo...en mi guión estaba escrito que fuera Dios y que era Dios.

Yo, escapar de él, para nada. Al revés, yo era creyente y un día me paré, dejé de hablarle y esperé a que Él me dijera algo... y no hubo respuesta.

Junto a este testimonio de escepticismo, está este otro de confianza absoluta, sencilla, connatural en el cuidado amoroso de Dios.

¿Hacemos lo que hemos escogido? Tal vez en parte sí, pero sólo en parte. Y aun aquello que escogemos lo escogemos por una compleja constelación de factores que nos abocan a escogerlo. Unos lo llamarán azar, otros fatalidad, otros providencia. Yo lo quiero llamar providencia de Dios, pero la providencia de Dios no significa que todo se desarrolle según el “diseño inteligente” de Dios, sino que Dios acompaña nuestra historia con su mirada tierna y que, de manera impredecible, vamos tejiendo juntos su trama en cada momento con aquello que tenemos a mano: el deseo, la demanda, la necesidad, el azar...

Y hacemos lo que podemos, y así es como Dios hace en nosotros y, aunque no logremos nada, nunca nos abandona y nunca desiste de nosotros. En cualquier caso, es más importante escoger aquello que nos toca hacer que hacer aquello que escogemos. Y la libertad consiste más en lo primero que en lo segundo.

.....

Mi pequeño pueblo no se decide a despertarse del todo en esta fresca mañana de mayo. Una niebla tenue difumina los árboles y las rocas. Del fondo suben aromas de vegetación húmeda que me transporta a la infancia. Un perfume de espinos blancos flota en el aire. El pinzón silba brillante en lo alto de la rama y canta (¡cómo canta!) invisible y sonoro, el mirlo conversa tranquilamente, el colirrojo carraspea incansable en la arista del tejado, las golondrinas gorgorean y juegan sin cesar con el aire como si ellas mismas fueran de aire. Los árboles inmóviles, con todos sus verdes, guardan silencio y respiran, nos hacen respirar. Todo vive y desea que la vida sea bendición. Todos los seres regalan a Dios, todos lo reclaman y lo hacen crecer. Y Dios los habita y los acompaña a todos, pequeños y grandes.

También a mí: Dios es, dice y desea para mí todo bien, sólo el bien. Y no puede hacer otra cosa, porque eso es lo único que le hace feliz: hacerme feliz.

Lo creo con todo mi cuerpo y con toda mi alma: Dios me bendice cada día como soy. ¡Providencia de mi Dios!

2- PERO HAY QUE DEJARSE HABLAR POR ELLA

El modo más habitual de increencia hoy no se caracteriza ya por negaciones comprometidas y militantes, sino por una indiferencia apacible y despreocupada frente a las cuestiones religiosas. Se presenta como una benévola y cortés indiferencia frente a la religión. Dios no es un valor, algo que cuenta. Estamos ante hombres y mujeres que viven «perfectamente instalados en la finitud», de modo que no sienten la menor necesidad de hablar de Dios.

Lo verdaderamente curioso, sin embargo, es que la mayoría de los creyentes tampoco hablan de Dios y por tanto están mudos frente a su Providencia. Están infectados por un «virus» que Biser llamó «herejía emocional» y sufren «una especie de afasia que casi ha hecho desaparecer por completo el elemento religioso del vocabulario corriente».

La «herejía emocional» es ese sentimiento extendido y difuso, inconfesado tal vez pero real, de que Dios y la fe en él no tienen ya ningún poder sobre este mundo; de que no lo tiene tampoco sobre nuestras Congregaciones religiosas; de que tampoco lo tiene ya... en mí. He ahí la forma más peligrosa y real, aunque no pronunciada, de ateísmo por nuestra parte.

Esta actitud no es nueva, pues al recorrer la Biblia la podemos descubrir atravesando los corazones y las historias del pueblo. Así el 2º Isaías pone en boca del Siervo y de Sión estas constataciones escépticas:

*«En vano me he fatigado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas.
¿De veras que el Señor se ocupa de mi causa,
y mi Dios de mi trabajo?» (Is 49,4).*

*«Decía Sión: Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado» (Is 49,14).*

Jeremías y Job se quejan de su lejanía:

*«Señor, ¿acaso vas a ser como un forastero en el país, como caminante
que se desvía para pernoctar?» (Jer 14,8).*

«Si cruza junto a mí, no lo veo; pasa rozándome, y no lo siento.

*Aunque tuviera yo razón, no recibiría respuesta;
aunque lo citara y me respondiera,
no creo que me hiciera caso» (Job 9,11.15-16).*

Hay una duda acuciante detrás de estas palabras: ¿es el Señor una presencia eficaz y activa, una atención dirigida a las causas y trabajos de los hombres, o será más bien como un muro espeso de silencio e inactividad, una ausencia pasiva y desinteresada que «tiene boca y no habla, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye? » (Sal 135,15)

En el fondo, jamás nos atreveríamos a afirmar abiertamente que no interviene en nuestra vida ni que parece interferir poco en nuestra historia o en la de los demás. Pero, en la realidad, de lo que somos conscientes es de que somos nosotros los que hablamos, actuamos, tenemos iniciativas, tomamos decisiones...

Por supuesto que luego vamos a contárselas al dios, no faltaba más, y le damos las gracias o le pedimos perdón. Pero como a alguien que está quieto y tranquilo en su templo, esperando que acudamos a notificarle cortésmente cómo van nuestras empresas o nuestro progreso espiritual, cómo nos afanamos por su reino y qué nuevos proyectos tenemos entre manos. Todo ello a mayor gloria suya, como es natural.

Resulta confortable este dios que espera nuestras visitas, como una abuela paralítica en un 5º piso sin ascensor y, por lo tanto, sin acceso al tráfico ordinario de nuestras actividades.

Con humor irónico Juan María constataba esta situación, como una tentación siempre al acecho del corazón humano:

¡Ya no hay providencia! ¿Por qué?- es que ayer al calor del fuego yo lo había arreglado todo, lo había dispuesto todo con tanta justicia y sabiduría, que estaba seguro de que Europa seguiría en paz durante un siglo-. Y por el periódico de esta mañana he sabido que Europa estaba en guerra - Después de eso, ¡como para creer en Dios!⁷

Lo que ocurre es que ése es un dios extranjero para la revelación bíblica, que nos pone en presencia de un Dios vivo, siempre dirigido hacia nosotros, siempre precediéndonos y provocándonos, siempre adviniendo a nuestro encuentro y esperando una respuesta.

⁷ *Mémoire* 32.

Lo nuestro no es tanto buscarle a él, sino no escondernos de su búsqueda; no tanto hablarle, sino escucharle; no tanto hacer cosas por él, sino dejar que él las haga en nosotros. No se trata ante todo de emprender, sino de secundar su impulso, de consentir a su acción.

A una Jerusalén distraída y ocupadísima, Isaías le reprochaba:

« ¿Qué te pasa, que te subes en masa a las azoteas?

Llena de ruido, urbe estridente, ciudad divertida.

...

Inspeccionabais el arsenal, descubríais brechas,

recogíais agua del aljibe, hacíais recuento de las casas,

demolíais, hacíais depósitos...

Pero no os fijabais en el que lo hacía

ni mirabais al que lo dispuso hace tiempo ... » (Is 22, 1 -11).

Estamos dispuestos a fatigarnos y agotarnos por la causa de Dios. Tanto ocuparnos del Reino de Dios, podemos olvidarnos del Dios del Reino. Lo más grave es que, en medio de las vicisitudes del camino, no sepamos quién nos ha llamado y para qué nos ha llamado, que perdamos la memoria de una voz y nos olvidemos del sentido de una propuesta; que nos enredemos en la causa de Jesús, hasta el punto de desgastarnos por ella, y nos olvidemos del Jesús de la causa, hasta el punto de no reconocerle.

Diferente es el trabajo intenso hasta casi la extenuación, pero sabiendo el horizonte que nos guía y las manos que nos sostienen. Juan María confiesa a su amigo Querret los trabajos, las fatigas, pero teniendo conciencia clara de la fuente de donde brotaban sus energías. Se trataba de la publicación de la obra 'La tradición de la Iglesia acerca de la institución de los Obispos'.

Varias veces, agotado de cansancio, he estado a punto de pararme en el camino y de dormirme como esos viajeros a quienes invade un frío mortal en medio de las nieves; pero, en fin, la mano de Dios me ha puesto en pie, me ha empujado, sostenido, y los dos hermanos apoyándose el uno en el otro han llegado, a trancas y barrancas, al objetivo que se habían propuesto alcanzar.⁸

⁸ A Bruté de Rémur. el 18 de Junio de 1815.

Pero nosotros preferimos mil veces desgastarnos hasta el «estrès» que intentar ir adquiriendo un talante más receptivo, más dependiente, más de cómplice que secunda al Director General de los Asuntos del Reino, perpetuamente abrumado por su responsabilidad.

*“Sois así, os conozco,
haríais todo por mí,
excepto este pequeño abandono que es todo para mí.
Por favor, sed como un hombre
que está en un barco sobre un río
y que no rema constantemente,
sino que, a veces, se deja llevar por la corriente”⁹.*

⁹ Charles Péguy "Le mystère des Saints Innocents".

3- CONFESAR HOY AL DIOS PROVIDENTE

Como reacción a una espiritualidad que cargaba la persona y la historia humana de intervencionismo arbitrario de Dios, de “milagrerismo”, de falta de auténtica libertad del ser humano, se ha llegado a callar pudorosamente el tema de la Providencia. Se amputa así a la vida cristiana de algo que es frontal, consecuencia necesaria de la verdad primera de nuestra fe: Dios Abbà, de quien somos recibidos en cada momento.

Juan María, con extrema lucidez y con un vigor profundo en la expresión, expresará la inconsistencia de la aceptación pasiva de la realidad:

Adoremos con una sumisión llena de amor los impenetrables designios de la Providencia, y echemos todas nuestras preocupaciones en su seno. Se dice que el Sr. de Saint-Martin cuando tronaba, dejaba tronar; sin duda era un gran hombre; pero yo no soy de los que admiran esta rara intrepidez y a mí me gusta sólo el fiat de resignación del cristiano. ¡Qué pena me dan los que creen ver sentir la férrea mano del inexorable destino que les lleva por los caminos de la vida y que hacen consistir toda la sabiduría en seguir el consejo del salvaje a su hijo: “¡Sufre y cállate!”. Éste sería también el mejor consejo que se podría dar a los condenados y si me puedo expresar así, este consejo es el del infierno y su felicidad.¹⁰

1- Dios poeta de la vida.

Para hablar de la Providencia, resulta muy esclarecedora la sugerencia simbólica de una excelente metáfora de Alfred North Whitehead, cuando define a Dios como «el poeta del mundo que con amorosa paciencia lo guía mediante su verdad, belleza y bondad»¹¹. Sin aceptar la visión de

¹⁰ A un amigo de Saint-Sulpice. 1813 ?

¹¹ *Proceso y realidad*, Buenos Aires, 1956, Cf. también la exposición, menos precisa pero con observaciones ricas, que hace en *El devenir de la religión*, Buenos Aires, 1961.

todo el complejo sistema en que Whitehead la encuadra, la metáfora resulta de una enorme eficacia.

El esfuerzo creativo del poeta está todo él dirigido a lograr la máxima belleza y a generar el más profundo y exacto significado para el poema, pero tiene que contar con los límites inevitables y con las resistencias del material expresivo: escasez de las palabras, insuficiencia de los conceptos, sutil ambigüedad de los símbolos y de las metáforas... Aunque sea de muy lejos, esa situación simboliza bien la «lucha amorosa» de Dios, entregado al bien de las creaturas, a fin de sacar lo mejor de cada una de ellas y llevar el conjunto a la máxima realización posible. Entrega infinita en sí misma, haciendo todo cuanto de Él depende para mejorar el mundo; pero entrega que en la realización histórica sólo se puede realizar a través de los límites, las inercias y las resistencias de la constitutiva finitud de las mismas. Los materiales que componen el mundo hacen imposible el poema perfecto que Dios sueña para él desde la eternidad, pero cuya presencia operante «está ya entre nosotros» (cf. Lc 17, 21) como el Reino de la fidelidad, de la promesa y de la esperanza.

El diseño de amor de Dios – la Providencia-, amor total y fiel, no es objeto de conocimiento sólo, sino de experiencia viva. No se comprende, sino que se saborea. Lo decía Ignacio de Loyola en el pórtico de los Ejercicios Espirituales” "No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir gustar de las cosas internamente"¹²

El primer paso que dar es el de abrimos al poder de la gracia para transformar nuestro modo de relacionarnos con el tiempo. Porque es ahí, en nuestra precaria temporalidad, donde somos visitados por ella y donde la podemos descubrir:

– ***El pasado como sabiduría,***

Como un modo de acumular experiencia que tiene poco que ver con los saberes concretos, sino con la relectura iluminada por el Espíritu. Frente a una tendencia a sentir lo vivido como un peso que nos lastra, como un cúmulo de ocasiones perdidas, como un rosario de nostalgias irre recuperables o como un cuarto oscuro del que preferimos tener la puerta bien cerrada, la memoria puesta al servicio del agradecimiento nos

¹² Ignacio de Loyola. Ejercicios Espirituales. 2.

revela un tiempo que ha sido traspasado por la benevolencia de Alguien que nos ha estado permanentemente acompañando. La memoria se convierte así en zahorí, en esa persona con la facultad de ver lo que está oculto, incluso debajo de la tierra, capaz de hacer brotar la alegría debajo de nuestros terrenos más pedregosos.

Y los creyentes de todos los tiempos nos enseñan a leer pausadamente el pasado para descubrir que es una historia luminosa de salvación. Y eso, más allá de la opacidad de la historia cuando se estaba viviendo. Es sugestiva la invitación a la memoria que hace el cántico del Deuteronomio. Invitación a recordar el amor de la primera llamada y el paso fatigoso por el desierto como una historia habitada por la presencia de Yahvé que acompaña el camino.

***Acuérdate de los días remotos,
considera las edades pretéritas,
pregunta a tu padre y te lo contará,
a tus ancianos y te lo dirán:***

*Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos:
lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a las niñas de sus ojos.
Como el águila incita a su nidada,
revolando sobre los polluelos,
así extendió sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.*

Aparece aquí ya la imagen del águila como cuidado seguro y fuerte. Sus alas son una imagen que utilizará Juan María porque evocaba en él el recuerdo de Alguien poderoso y cercano a la vez, alto como el águila y amoroso, brindando la protección a su nidada. Expresión que él y sus amigos utilizarán en el intercambio epistolar “Dios te cubre con sus alas.”¹³ “La gran comunidad y la pequeña progresan bajo las alas de la Providencia.”¹⁴

Ésta es la tarea propuesta desde el principio al pueblo creyente: leer el pasado y la mano de Dios en él.

¹³ A Querret. St. Briec, el 8 de julio de 1814.

¹⁴ Teyseyrre a Jean (y Féli), el 16 de enero de 1815.

Durante varias semanas me he encontrado en un abatimiento de espíritu tal que mi alma no tenía fuerzas para plantearse ni un solo pensamiento. La vida resulta muy dura en esos momentos y estos momentos ocupan mucho lugar en la vida. Felizmente todo pasa, todo acaba y la Providencia, después de una prueba corta, adormece, como una buena madre, todos nuestros dolores en su seno.¹⁵

La clave en Juan María está en releer el pasado remoto o más cercano, como signo de amor benevolente, aún en los detalles más nimios de la historia. Es el caso de la separación de su amigo más íntimo de juventud, Bruté de Rémur, que era enviado como misionero a Estados Unidos .

No te diremos todo lo que nos ha costado el separarnos de ti, pero cada día agradecemos a la providencia el haber adelantado una separación que de una u otra manera se hacía inevitable.¹⁶

Esta relectura, a la vez realista y comprensiva, puede tejer en nosotros lo que podríamos llamar «la sabiduría de la vida» y que va tomando el color de los dos hilos principales de su entramado: el agradecimiento y la misericordia.

Comencé mi obra en mi habitación, en Saint Brieuc, con dos jóvenes de la baja Bretaña, que apenas hablaban francés y que no sabían más que yo lo que íbamos a hacer: sabíamos solamente que queríamos, con la gracia de Dios, establecer escuelas cristianas en nuestras aldeas, o donde temíamos que se iban a establecer, a nuestro pesar, las malas. Poco a poco, el grano de mostaza, se ha transformado en un gran árbol, bajo el que vienen a cobijarse gran cantidad de niños. A Domino factum est istud ! Es el Señor quien ha hecho esto.¹⁷

Se mira el pasado con ojos llenos de sorpresa agradecida. Para ello hay que educar día a día la mirada, intentando descubrir el aroma de una Presencia, que está, muchas veces de manera discreta y silenciosa en los rincones de la vida. ¿Cómo educó estos ojos Juan María en el pasado más lejano, en los años de su infancia y juventud? En la primera carta que conservamos de él ya está esta relectura agradecida de la historia, de su propia peripecia personal.

¹⁵ Proyecto autógrafo. AFIC. 39. 595.

¹⁶ A M. Bruté de Rémur. el 25 de febrero (1811).

¹⁷ Al sacerdote Boucarut en Nîmes. el 12 de enero de 1844.

*Es para mí una gran satisfacción el haber sido consagrado por sus manos, como yo tanto lo deseaba. Doy gracias a la divina Providencia adorándola, bendiciéndola por la dicha que gozo.*¹⁸

También ha de quedar iluminada por esa visión la historia de todos los que tejen su historia con nosotros. Abrir los ojos del corazón al descubrimiento de una historia trabajada, conducida y bendecida por Dios. Toda la dirección espiritual que Juan María mantenía con sus Hermanos, se hacía en esta clave, descubrir una mano que está sosteniendo, dentro de nuestra libertad, una historia de gracia y salvación.¹⁹

Veo qué delicada es tu posición y cuánta vigilancia y precauciones exige; pero veo, al mismo tiempo, la mano de Dios extendida para protegerte y defenderte.

Cuando hacemos esta práctica de ver el pasado con los “ojos del corazón”, iluminados por el Espíritu, se recoge la experiencia que Israel repitió una y otra vez y que se continúa hoy en nosotros: el ofrecimiento portentoso de Dios de edificar una criatura nueva con los materiales de derribo de nuestro pasado. La primera tarea de una fe activa es creer que somos susceptibles de recompostura y reciclado; y negarle a Dios la posibilidad de realizarlo en nosotros mismos y en los demás es una forma sutil de ateísmo militante.

*(Dios) no tiene necesidad de nadie; se sirve de quien quiere para llevar a cabo los designios de su Providencia, y siempre de lo que hay de más débil para realizar lo que es más grande.*²⁰

Y es así como tendríamos que aprender también a releer la historia de nuestra familia, de nuestra propia Congregación. Caminando por sus avenidas de múltiples heroicidades y paseando también sin miedo por las cañadas oscuras de sus debilidades y errores, no con la mirada severa del fariseo incontaminado, sino con la del publicano que fraterniza, disculpa y no se siente «mejor que sus padres». Porque descubrir el pasado como una llama luminosa dentro de vasijas de barro, nos enciende la misericordia, la fraternidad. Y esta memoria nos prepara para vivir el presente y puede salvarnos el futuro.

¹⁸ A Monseñor de Pressigny, 1801.

¹⁹ A Hno Ambroise Le Haiget. Ploërmel, el 2 de diciembre de 1838.

²⁰ A Bruté, 1809 Proyecto autógrafo, AFIC. 18.03.053.

Quando pienso en ese pequeño grano de mostaza que he enterrado en tierra hace cuarenta años, sin tener muy claro qué ocurriría, pero al cuidado de la divina Providencia, me es muy dulce, después de tantos años de trabajo y de pruebas, ver hoy en día que nuestra obra se desarrolla cada vez más en Bretaña, se implanta en el Sur de Francia y se extiende hasta más allá de los mares. A la vista de todo esto no puedo más que confundirme a mí mismo y gritar con las Escrituras: Sí, el dedo de Dios está aquí.²¹

– ***El presente como oportunidad***

Nos lo jugamos todo, no en la mente ni en las intenciones, ni siquiera en los deseos, sino, sobre todo, en la mirada, en la escucha, en el corazón, en los pies, en las manos: « ¿Cuándo te vimos...? Lo que hicisteis con uno de mis hermanos pequeños...» (Mt 25,39-40). Es en nuestro contacto con la realidad donde verificamos la autenticidad de nuestros deseos, propósitos y decisiones, y por eso necesitamos nacer de nuevo y evangelizar nuestros sentidos.

Un contacto que es de aquí y ahora. Por eso el evangelista Lucas utiliza un recurso literario muy original. El encuentro con Dios no pertenece al pasado. Intencionadamente va repitiendo obstinadamente el "HOY", ahora mismo, siempre que nos encontramos con él.

"Os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador". Hoy puede nacer Jesús para nosotros. Hoy puede entrar en nuestra vida y cambiarla para siempre. Con él podemos nacer a una existencia nueva.

En una aldea de Galilea Jesús se conmueve de un paralítico. Jesús se conmueve al verlo bloqueado por su pecado y lo sana ofreciéndole el perdón: "Tus pecados quedan perdonados". La gente reacciona: "Hoy hemos visto cosas admirables". También nosotros podemos experimentar hoy el perdón, la paz de Dios y la alegría interior si nos dejamos sanar por Jesús.

En casa de Zaqueo, Jesús le dice: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa". Si dejamos entrar a Jesús en nuestra vida, hoy mismo podemos empezar una vida más digna, fraterna y solidaria.

²¹ Circular del 19 de marzo de 1857 que se refiere a la visita de las escuelas.

Y en la cruz, agonizando, frente a uno de los dos malhechores, que confía en él, Jesús le dice: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Por fin escucharemos de Jesús esas palabras tan esperadas: descansa, confía en mí, hoy estarás conmigo para siempre.

Si nuestra conciencia se libera del ayer como de un fardo pesado de amargura o de nostalgia y de la ansiedad por el mañana, se hace posible la atención relajada que acoge el hoy.

Decía Simone Weill: "¿Por qué he de preocuparme? No es asunto mío pensar en mí. Asunto mío es pensar en Dios. Es cosa de Dios pensar en mí". Esta absoluta confianza en Dios es el nombre verdadero de lo que denominamos "fe": Confiar, en cada instante, en el día a día.

En fin, vamos día a día: demasiada previsión no sería sabiduría; obremos con la confianza que inspira el espíritu de fe, in spe contra spem; es la divisa de los hijos de la promesa.²²

Y es precisamente esa actitud de sencilla disponibilidad la que caracteriza en la Biblia a los grandes creyentes: mientras Adán se escondía temeroso por un pasado oscuro y los de Babel trepaban torre arriba, febrilmente ávidos de conseguirse un nombre para el futuro (Gen 11,4), Abraham contestaba: «Aquí estoy ... », dejándose fluir confiadamente ante un Dios de caminos inéditos.

Hay una carta hermosa, llena de madurez, de Juan María a su hermano Feli, después de haberse restablecido ligeramente de su apoplejía, tras ocho meses recluido en Ploërmel. Una carta abierta totalmente al hoy de Dios, en la sencillez de las obras discretas.

Tú estás sin duda muy ocupado por la gran política: yo me preocupo mucho menos de ella, aunque a veces me parece bastante inquietante; pero yo nada puedo y prefiero andar en el día a día, con toda confianza en la Divina Providencia, a la que me abandono dulcemente. Estoy totalmente dedicado a mis obras, que Dios bendice cada vez más.²³

El vivir el momento presente es una invitación a estar en el aquí y ahora de cada relación, de cada trabajo y acontecimiento, con totalidad de presencia, porque es ahí donde se acoge la Providencia de Dios.

²² A Mons. Angebault. Ploërmel, el 7 de marzo de 1848.

²³ El 18 de febrero de 1849.

En la atención a los acontecimientos, a la historia a veces conflictiva que nos envuelve.

*En cuanto a mí, no renuncio al estudio de la historia de estos tiempos prodigiosos a los que nos ha destinado la Divina Providencia, al estudio de esta revolución que ha agitado así nuestra cuna y que, creo, va a durar más que nosotros.*²⁴

En la cercanía comprensiva del tiempo en el que Dios nos ha hecho vivir.

*Normalmente no tenemos suficientemente en cuenta los cambios que se han operado desde hace veinticinco años en las ideas, en las costumbres y en los modos de vida de los hombres.*²⁵

En las personas, cualquiera que sea su posición y su creencia, como el caso del Gobierno que le solicitó abrir la obra menesiana en ultramar, lo que suponía una auténtica “refundación”.

La Providencia permite que sea el mismo gobierno quien con vistas meramente humanas nos empuje hacia una vía de apostolado: ¿no es admirable? ¡Qué bella misión que cumplir!

Sólo así, descubriendo en cada instante el hoy de Dios, podemos vivir con esa mezcla de intensidad, naturalidad y frescura, que es el verdadero talante de los hijos.

*Por mi parte, me gusta más que nunca abandonarme enteramente a Dios y a su dulce Providencia; quiero que ella me conduzca de la mano y paso a paso. Así pues, no la diré: ¡Madre mía, hay que ir muy lejos de aquí y el camino es muy duro; os cansaréis y yo también antes de llegar al final! Hijo mío, me respondería ella, ten paciencia y un poco más de valor; yo empujo de un extremo al otro con fuerza porque dispongo todo con suavidad.*²⁶

Se hace posible esa atención relajada que acoge el hoy, libre de la repetición o el sobresalto. Cada día podemos recordar las palabras del Señor a Josué cuando iba a entrar en Canaan: “Sé valiente y firme, no tengas miedo ni te acobardes porque el Señor tu Dios estará contigo allí donde vayas” (Jos 1,6.9). Por eso, podremos decir con Juan María:

“Vamos adelante, con los ojos cerrados”²⁷

²⁴ A Querret, el 25 de octubre de 1815

²⁵ A M. Bruté de Rémur (St. Briec el 26 de junio de 1815).

²⁶ A Chevalier, el 16 de mayo de 1837, Ar. 44.

²⁷ A M. Bruté de Rémur. En la Chênaie el 30 de Septiembre de 1815.

D+S

ENVUELTA EN SU MISTERIO Y HABITADA POR ÉL

Para mí Dios es el Amor Entrañable que entraña toda mi realidad. Lo descubrí hace ya casi 15 años:

Estaba embarazada de mi primera hijita, en mí habitaba la Vida, en mí se empezaba a gestar la presencia del Misterio. Esa lucecita blanca, palpitando a velocidad de vértigo que había visto en mi primera ecografía, estaba protegida por el líquido amniótico, alimentada y oxigenada por el cordón umbilical, y gestándose día a día, en mí, como un ser absolutamente original. Desde el primer momento sentí que éramos dos en Una. Nunca antes había experimentado esa sensación de profunda unidad con otro ser... Y en mi interior fue naciendo, se fue gestando, una nueva manera de sentir a Dios...

Él me había regalado 30 años antes la misma experiencia, cuando me formaba en el seno de mi madre, mientras tatuaba mi nombre en la palma de Su Mano... Tan sencillo y tan profundo...

A todas se nos da, como *regalo de entrada en este mundo*, experimentar la profunda unidad con otro ser... *Tú en mí y yo en ti...* Sólo hay que regresar a ese paraíso terrenal que ha sido el útero de nuestra madre, para volver a experimentar que en todo momento somos sostenidos por la Madre, que en todo momento somos alimentados por la Madre, y que nuestra respiración no es más que el cordón umbilical que nos une a Ella...

In-spiro y escucho a mi corazón que palpitando susurra: *Tú en mí...*

Ex-spiro y siento que mi alma susurrante palpita: *Yo en Ti...*

Y así, con cada respiración, el Espíritu me envuelve y me habita:

Yo en Ti...

Tú en mí...

Dios Solo en el tiempo... Dios Solo en la Eternidad

– ***El futuro como “tranquila vigilancia”***

La expresión es una peculiar recomendación de Isaías al rey Acaz, atemorizado ante el asedio de Jerusalén (Is 7). Y contiene, en extraña proximidad, dos actitudes que parecen contradictorias y que sólo cuando se intentan vivir a la vez, descubren todo su potencial de engendrar fe y esperanza.

Frente a la tentación de desentendemos de la construcción del futuro, bajo mil pretextos de pequeñeces e incapacidades, la Palabra nos guía en la dirección de una vigilancia que mantiene en tensa espera y atención despierta y nos empuja a buscar mediaciones, a comprometer energías, a proyectar y poner en marcha acciones creativas.

Y frente a nuestra ansiedad preocupada y dispersa ante lo desconocido, nos llama a la serena audacia de confiar en que, en último término, nuestra vida, y la de todos los que amamos, descansa en el hueco de las manos de Alguien mayor.

En idéntica y apretada síntesis , escribe lo mismo Juan María

*Poco importa quién haga el bien, con tal de que se haga: **dejémonos devorar por la Providencia**. Seríamos indignos de seguirla si no pusiésemos toda nuestra voluntad en la suya, sin conservar nada de la nuestra. Debemos, sin embargo **hacer todo lo que depende de nosotros**.*²⁸

Ver el futuro con « tranquila vigilancia » nos resulta difícil en una cultura donde la previsión, los cálculos a largo plazo, las programaciones, los objetivos que lograr, deben figurar en nuestra agenda y en nuestro estilo de vida. Nada se puede dejar a la improvisación. Sentir que nuestro porvenir y el futuro del mundo están en manos amorosas, suena a estupidez.

*Gozarse en la noche de la pura fe; no intentar prever todo y conocer todo de antemano... hacer lo que se puede y lo que se debe; felicitarse por no encontrar ningún apoyo humano y después dormirse dulcemente en el seno de nuestro Señor Jesús.*²⁹

²⁸ Al Hno. Polycarpe Ollivier. Ploërmel el 18 de noviembre de 1837

²⁹ *Mémorial* 19

Y sin embargo creer de verdad, es fundamentalmente confiar y esperar. "Fe" significa eso, confianza. Eso es la fe para san Pablo: la confianza incondicional en Dios como misterio de pura gracia. Esa confianza es la que nos hace libres, felices, buenos, compasivos como Jesús. Ser creyente no se reduce a tener fe. La nueva existencia que comporta incluye también, como una nueva dimensión de la vida que genera, vivir con esperanza. A los no creyentes, los paganos en contraposición a los cristianos, san Pablo los identifica como «los que no tienen esperanza» (1 Tes 4,13).³⁰

Solo se cree en alguien si se confía en él, si se pone en él la esperanza. La fe permite al hombre hallar el fundamento de la propia vida al acoger la Presencia de la que surge. La esperanza ofrece la seguridad de una meta para el anhelo que constituye su vida.

«Creer en el Dios Padre, creador... y Señor de la naturaleza, de la historia y de cada vida personal es, en su centro mismo, vivir en la esperanza y de la esperanza. La esperanza, que es la certeza difícil, profundamente dichosa, de que lo mejor tendrá y tiene ya ahora, aunque sea secretamente, la última palabra.»³¹

*Ningún reproche, ninguna previsión inquieta; descansar dulcemente en el seno de la providencia: ése es el secreto de la felicidad.*³²

La confianza en Dios Providente no es simplemente la convicción de que algo va a salir bien, sino la convicción cierta y oscura de que algo, incluso si sale mal - y, por tanto, absolutamente todo - tiene sentido. Nuestra vida, y nuestra esperanza con ella, está fundada en la convicción de que el designio de Dios es un designio de amor.

Después de todo, ¿qué importa lo que pase? Los hombres no son más que ciegos instrumentos de los designios de Dios, designios siempre llenos de misericordia y de bondad sobre sus elegidos: omnia propter electos. Medita esta palabra de san Pablo y trata de que se te pueda aplicar. A los que habitan en el cielo y leen la eterna voluntad de Dios, les debemos dar mucha pena nosotros que no leemos más que los

³⁰ Cf Juan Martín Velasco , *Fijos los ojos en Jesús* PPC pag 68 y ss

³¹ M. García-Baró , «La esperanza», en *El dolor, la verdad y el bien*. Salamanca, Sígueme, 2006, pp. 187-209.

³² A Querret. en la Chesnaie el 26 de enero de 1825.

*periódicos, tan a menudo mentirosos y pretendemos incluso prever los acontecimientos y juzgar a la Providencia.*³³

(Los “ciegos instrumentos” no hace referencia a falta de libertad, ni a predeterminación, sino a la falta de perspectiva del ser humano, debido a su finitud, para descubrir el total despliegue del misterio de salvación)

Esta realidad nos la revela ya el Antiguo Testamento: Por ejemplo, José explica a sus hermanos que, al venderlo, se han hecho artífices involuntarios del designio de Dios: “No me enviasteis vosotros aquí, sino Dios...Ciertamente vosotros os portasteis mal conmigo, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que estamos hoy viendo, para mantener en vida a un gran pueblo” (Gn 45,8; 50,20)

Por tanto no hay espacio para las visiones negativas, el pesimismo, o los callejones sin salida.

*¡También tú lo ves todo negro! ¿De qué sirve esto? Si juzgamos el futuro con nuestros temores, ciertamente nuestros males no han acabado, y aún nos amenaza una nueva catástrofe; pero ¿no es mejor cerrar nuestros ojos y dormirnos en un sueño de fe, de amor, de confianza en la Providencia, que atormentarnos por siniestras conjeturas?*³⁴

Si hay un elemento que nos llena de sorpresa maravillada en la vida de Juan María es ver cómo vive en una tranquila confianza en la Providencia, sabiendo que aparecerán signos, relaciones, lazos, que iban a marcar su vida. Lo suyo fue abrir “los ojos y los oídos del corazón”, desplegar las velas de su confianza para dejarse llevar por el soplo de Dios.

▪ No pensó nunca ser Fundador de las Hijas de la Providencia, ni en ser Superior de los Hermanos, ni Fundador de la Congregación de Saint-Méen, ni fundar una Congregación Misionera, ni... Fueron personas, acontecimientos, los que le iban trazando hojas de ruta. A él le correspondía confiar y saber que siempre estaba en buenas manos.

▪ El nombramiento de un titular para la sede episcopal de Saint-Brieuc va a poner fin a las funciones de vicario capitular. ¿Qué va a ser de él? ¿qué partido le convendría tomar?

³³ A Querret el 30 de enero de 1816

³⁴ Ibid.

Me gustaría mucho más retirarme a mis bosques, o quedarme en Saint Brieuc sin título, o juntarme con Feli y vivir, como él con el Sr. Carron; esas son las tres posibilidades por las que me siento inclinado; la administración me aburre, me cansa, me molesta; es casi igual que estar condenado a galeras.

Ahí están inicialmente los cálculos de la prudencia humana. Pero, inmediatamente, aparece el criterio seguro que marcará su futuro.

*Por lo demás, no he tomado ninguna decisión; Dios decidirá de mi porvenir, es Él el dueño.*³⁵

▪ Años más tarde se reproduce la misma situación, cuando le relevan de su cargo de Vicario General de la Gran Capellanía de Francia. Su amigo Querret le muestra su pesar, y Juan María escribe:

*Sea lo que sea, y aunque no haya cambiado nada en mi posición real, cada vez soy más del parecer de los que piensan que estaría mejor colocado en Bretaña que aquí, y espero que la Providencia favorezca mi retiro definitivo. Si no estuviera desde hace tiempo decidido a dejarla obrar sola en lo que me concierne, yo mismo adelantaría esta ruptura. Sigo, pues, dormido en su seno como un niño pequeño y cuando llegue el momento de despertar, diré desde el fondo de mi corazón a mi buena madre: Ecce venio ut faciam voluntatem tuam.*³⁶

▪ Se ve con perfiles muy nítidos en la espiritualidad de Juan María algo que Benedicto XVI ha marcado en su Encíclica Spe Salvi : “Aparece como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente.”

*Pedid a Dios que me dirija en este trabajo (terminar definitivamente las constituciones de nuestra sociedad de Hermanos), y que consolide el bien que he emprendido por su gloria. ¡Ah! ¡ Si no esperara en él y en él sólo, no tendría ninguna esperanza a este respecto! Obstáculos de toda clase me rodean: a menudo mi valor desfallece... Vuestro pobre Juan es un pobre hombre.*³⁷

³⁵ A Querret el 1º septiembre (1817)

³⁶ A Querret el 2 de abril de 1824.

³⁷ A Mons. Bruté de Rémur. Ploërmel, el 8 de noviembre de 1835.

▪ Cuando Napoleón se evade de la isla de Elba y recupera el trono, Juan María se encuentra en una posición delicada. La carta escrita unos meses antes con fuertes críticas a Napoleón supone un futuro incierto para él. Pero el futuro no le pertenece, está firme en la confianza. El que está dispuesto a dejarse alcanzar por el amor providente, sabe experiencialmente hasta dónde es posible llegar en la despreocupación por el propio destino. Se reconoce en buenas manos.

*¿Qué haré en las circunstancias fáciles de prever, que quizá lleguen pronto? Cumpliré mi deber; o al menos, lo espero, porque confío en Él, de quien viene toda fuerza y toda luz.*³⁸

Cuando nos atrevemos a abandonar en Dios toda nuestra existencia y a caminar así por los surcos de la vida, nuestra identidad queda «refundada» en Otro que nos hace posible mirar, oír, sentir y tocar la realidad desde una sensibilidad nueva, desde eso que llamamos «mirada contemplativa» y que no es más que ver la vida con los ojos de Dios. Así podemos abrirnos a esa posibilidad que se nos regala de integrar pasado, presente y futuro en una historia de amor y de absoluta confianza.

*Dios te cubre con sus **alas**, y te lleva de la **mano** como a un niño pequeño que él acaricia, que lleva, que adormece dulcemente en su **seno**. ¡Ah! Ámale mucho, no le mires más que a él, no escuches otras voces que la suya, que él sea todo para ti.*³⁹

Es un joven matrimonio. En su adolescencia, juventud y años de Universidad, pertenecieron a grupos juveniles menesianos. Su opción creyente les llevó a elegir carreras con fuerte vertiente social. Hoy escriben:

Hablar del futuro, de cómo encaramos el futuro, nos resulta difícil y puede ser que suene a falso. Cuando optamos por carreras de implicación social, lo hicimos convencidos de que era una llamada a comprometernos con los últimos. Así nos lo pedía nuestra fe en Jesús y también nos lo habíais dicho vosotros muchas veces: Juan María de la Mennais optó por ir a las “fronteras”, a las aldeas pequeñas, a la gente m desasistida.

Y aquí seguimos.

³⁸ A Querret, St. Brieuc el 17 de marzo de 1815

³⁹ A Querret el 8 de julio de 1814

Llevamos ya tres meses en paro. Nada de extraordinario en la situación de crisis que padecemos. Y sentimos que estamos viviendo la misma suerte , aunque seamos todavía privilegiados, de millones de personas.

¿Que cómo lo vivimos? Puede resultar estúpido, pero vivimos hondamente preocupados y a la vez activamente esperanzados. ¿No nos decíais que había que “dejarse devorar por la Providencia”?

Hondamente preocupados por la gente que nos rodea, gente rota de esperanza, ahogada de tristeza y desaliento. Con ellos seguimos cada día, en grupos de formación de redes solidarias.

Activamente esperanzados, porque tenemos una certeza que nos habita. De esta muerte, nacerá nueva vida si todos contribuimos, si todos ponemos la mano y el corazón. Cada día oímos dentro y fuera que “Otro mundo es posible”.

Sentimos a Dios-Amor y Cuidado maternal en muchísimas personas que están fundidas en la misma solidaridad (nosotros queremos llamarla Solidaridad). Gente que no comparte fe ni esperanza, pero sí momentos de vida, que nosotros creemos que son de Vida.

Cuando en las manifestaciones, codo con codo con la gente, palmeamos y gritamos “Sí se puede”, frente a los poderes políticos y económicos que aseguran que no se puede, sentimos que hay Alguien que nos mantiene vivos porque sí se puede, porque “nada es imposible para Dios”.

2- Dios como Compañero

Resulta sugerente la «definición» que Alfred North Whitehead hace de Dios como «el gran Compañero, el camarada en el sufrimiento, que comprende».

Eso es la Providencia, la presencia del Compañero que comparte camino, pan, y destino. Es el Compañero que abriga y sostiene y se hace presente en la acción de los compañeros de camino, de sufrimiento, de vida y de esperanza.

Nos encontramos aquí con un punto decisivo: La Providencia toma rostro, manos, pies y corazón enternecido en cada uno de nosotros: Porque Dios nos cuida, nos convoca a ser cuidadores. Porque Dios nos

reconcilia, nos llama a ser reconciliadores. Porque nos regala su paz, nos hace pacificadores. Nos hace ser “Providencia” para todos los que están junto a nosotros, aquellos con cuya vida Él nos ha entrelazado.

Así lo experimentó Juan María desde su más corta edad. Sintió la Providencia de Dios en los perfiles concretos de las personas que lo rodearon: en el padre que generosamente ayudó a sus conciudadanos en época de hambruna, en la madre sensible y tierna, espiritual y acogedora, en el hogar familiar de puertas siempre abiertas.

¿Has leído la historia de ese buen hombre a quien no conocemos, pero que como agradecimiento de los servicios que le hizo mi padre, hace cincuenta años, ha pagado la multa de 2000 francos a la que había sido condenado Feli? - Este hombre, a lo que parece, se había embarcado en 1790 para pasar a Inglaterra: naufragó en la costa de St. Brieuc, y de allí se le llevó enfermo al hospital de St. Malo: su cama se encontraba justo al lado de un pobre que le habló de nuestra familia a la que llamó providencia de la región, y, sin más recomendación, el naufrago se presentó en nuestra casa: estábamos a la mesa, se le hizo sentar y se le prodigó toda clase de cuidados, y tres meses más tarde, nos dejó sin que después hubiésemos oído hablar de él; y he aquí que le reencuentra hoy y quiere compartir la condena de mi hermano cargando con su condena fiscal.⁴⁰

– **La Providencia de un Padre que llama a ser con Él compañero**

La Providencia no arregla los problemas, los dolores, las angustias y las oscuridades, sino que nos convoca a que seamos la Providencia de los demás. Querríamos que nos liberase de la cruz y, en cambio, nos invita a cooperar (1 Co 3, 9), llevando también nosotros nuestra cruz (Mc 8,34). A menudo invocamos la Providencia de un Dios mago, capaz de transformar una situación de golpe, por un decreto de omnipotencia. Un miedo infantil nos hace reclamar a Dios una intervención que decante el curso de las cosas a nuestro favor, sin preguntarnos si esto sería bueno para los demás. Una oración así rechaza asumir responsabilidades. La verdadera confianza en la Providencia pasa del miedo infantil a la libertad del valor.

Dios no cesa de pedir la cooperación de los hombres. Si Moisés se hubiese negado a volver a Egipto, los hebreos no se hubiesen librado de

⁴⁰ A la Srta de Lucinière, el 26 de enero de 1841

su yugo. Si Jonás no hubiese ido a Nínive, el mensaje de conversión no hubiese sido predicado y esta ciudad no hubiese sido salvada. Si María no hubiese dado el sí a la extraña proposición del ángel, el Hijo no se hubiera encarnado. La providencia de Dios, no se puede ejercer contra la libertad del hombre, sino “con” su libertad.

La voluntad del Padre es que ejercitemos la totalidad de nuestro potencial para ser verdaderos intendentos de su gracia (1P 4,10), verdaderos testigos de su amor. ¡Si el creyente no se vuelve él mismo providencia para los demás, si no presta sus manos al Señor, sus invocaciones a la Providencia sólo enmascaran su pecado!

*Mi corazón me pedía desde hace tiempo el escribirte para decirte de nuevo qué sensible soy a todas las bondades de las que colmas a la pobre gente nuestra que está ahora llena de la gratitud más viva y que me encarga de que te lo exprese. La providencia les ha puesto en ti a un padre muy tierno: ¡que correspondan a tus cuidados y aprovechen de todo lo que tu caridad hace por ellos! Eres para esos pobres hijos una **providencia viva**.⁴¹*

Sentía así Juan María el Dios providente, compañero del camino de los hombres, y que le convocaba sin cesar a ser providencia.

Cuando en noviembre de 1811 se promulgó el decreto imperial que suponía la clausura del Seminario Menor, no pensó en otra cosa más que encontrar resguardo y seguro acomodo al grupo de seminaristas mayores que debían trasladarse a Rennes. Con el corazón sobrecogido escribía al sacerdote Millaux, rector del Seminario. Hay que recalcar el modo entrañable, profundamente afectivo de su escritura:

Ya me doy cuenta en qué aprietos estarás para recibir a todos cuantos se presenten con las manos vacías...Tengo ante mis ojos a treinta que no sólo no tienen dinero que ofrecer, sino que carecen de un trozo de pan...No querría, por nada del mundo, perder ni siquiera a una sola de estas ovejitas que la Providencia me ha confiado.⁴²

Al siguiente curso, seguía preocupándose de sus alumnos, después de haberlos buscado acogida. Así escribía al Sr.de la Guérétrie, párroco de Vitré que había recibido a cuatro seminaristas, en la misma carta antes señalada :

⁴¹ Al Sr. de la Guérétrie. St. Malo el 17 de septiembre de 1813.

⁴² Al Padre Millaux, *Correspondencia General*, Carta 100, octubre 1812.

La Providencia les ha dado en usted un padre muy tierno...Otros cuatro están en este momento en Rennes y no sé si habrán conseguido una plaza en el Seminario Menor. Haré todo lo que de mí dependa para ayudarles a pagar su internado y si no pudiese abonárselo todo, aceptaría las ofertas que usted quisiera hacerme.⁴³

La Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana nació así, como respuesta a una infancia y juventud desasistida, que es sentida como llamada interpelante para que sea providencialmente cuidada, acompañada y amada. Y ése será siempre el camino arriesgado para hacer viva la misma intuición de los orígenes, hoy y mañana:

Pero cuando lanzo mis miradas sobre estos alumnos reunidos por la Providencia, cuando considero la inmensidad de las necesidades de esta vasta diócesis, y las comparo a sus recursos, mi corazón se estremece y se rompe y estoy tentado de decir a Jesucristo como sus apóstoles en parecida circunstancia: quid haec inter tantos! (¿qué es esto para tantos) ?⁴⁴

Sentirse así, Providencia real y visible, hace que se enfrenten todas las dificultades, se emprendan todos los caminos con confianza y valor:

Yo no abandonaré a los niños de los que la Providencia me ha hecho, de alguna manera, su padre.⁴⁵

Es el testimonio de una laica. Muy próxima a todo cuanto tiene sabor menesiano. Discretamente presente en todas las acciones que se realizan. Motor de otras muchas. La veréis en todos los rincones donde están presentes los pobres, los últimos, los desconsolados. Por sentirse envuelta de la ternura de Dios Providente, le resulta connatural darse a todos, cuidar a todos, velar por todos los más desfavorecidos.

Por ellos desgasta tiempo, sudores, lágrimas y vida. Su testimonio tiene la enorme validez de una experiencia hondamente vivida y que le resulta difícilmente expresable.

Me piden que explique cómo actúa la Providencia dentro de mí cuando me dejo guiar por **ella**. Me es difícil, sinceramente, pero lo voy a intentar:

⁴³ Al Sr de la Guérétrie. St. Malo el 17 de septiembre de 1813.

⁴⁴ *Sermon pour l'ouverture de l'école ecclésiastique à Tréguier.* le 22 mars 1816.

⁴⁵ Al alcalde de Ploërmel. Ploërmel el 10 de julio de 1831

Más que palabras es una actitud vital de abandono entre sus manos amorosas... **Ella** va actuando en mí y desde mí, y cada vez experimento con más claridad espiritual que lo único que tengo que hacer es "dejarme hacer", y todo se hace...

Me encomiendo a esa Providencia para que ilumine con sus ángeles mi camino, porque eso sí, la vida se va llenando de seres providentes, de ángeles que me guardan y que me cuidan... voy sintiendo que lo que veo "fuera" en realidad también está "dentro", y comienzo a intuir la unidad de todo lo creado...

Cuando me siento necesitada, e incluso a veces antes, la Providencia viene a saciar mis vacíos, regalándome todo cuanto preciso.

Por eso, al mismo tiempo, cuando me requieren las personas necesitadas yo siento que, providencialmente, sin que sea mérito mío, me siento urgida a saciar las necesidades de los demás... Todo es uno y **Ella** me lo hace experimentar.

Cada día, estoy aprendiendo a decir sí y a decir no. Sinceramente, voy reconociendo con todo que el "no", cuando se trata de los más desfavorecidos que me necesitan, se va eliminando de mi vocabulario y cada vez voy agrandando más mi "sí" para todos cuantos reclaman mi ayuda. Así mi día a día se va convirtiendo, sin que yo sepa cómo, en un deseado "hágase".

No sé cómo es, pero yo sé que está siendo.

– ***La Providencia del Padre de un Reino que llega***

El evangelio prohíbe ver a Dios como el que domina la historia hasta el punto que todo se desarrollaría según lo previsto y que esperaría con satisfacción el final feliz del mundo para poder decir "está bien todo lo que acaba bien". Sería ésta una concepción providencialista de la historia.

La victoria conseguida por Cristo ha de ser compartida por todos los hombres, debe ser anunciada y acogida en sus vidas: no tiene nada de una espera pasiva: la llegada del Reino se realiza en el trabajo y en los dolores de un parto (Rm 8,22).

Por ello está en el orden de la Providencia el cuidado de los obreros del Reino, sin buscar heroicidades deshumanizadas:

Las pérdidas recientes y tan dolorosas (la epidemia de fiebre amarilla diezma la isla de Guadalupe en 1838 y alcanza a toda la Comunidad) que hemos tenido recientemente me han afligido profundamente... Está en el orden de su providencia que toméis todas las medidas que indica la prudencia para prolongar tanto cuanto sea posible una vida que consagráis enteramente a su gloria (y siguen las precauciones que los Hermanos han de tomar).⁴⁶

¿Dónde fundar la seguridad y la firmeza en la misión? Para Jesús Dios es la fuente y la roca de una confianza sin falla. En los mejores momentos de serenidad da gracias al Padre y en los peores momentos de angustia descansa en el Padre (Lc 10,21), en la fuerza salvadora de su voluntad (Mc 14,36). Creer en Dios es poder confiar siempre, no porque Dios sea un recurso mágico infalible, sino porque Dios está siempre con nosotros, a nuestro lado, a nuestro favor, como presencia que puede llenar todas las ausencias, como compañía que puede capacitarnos para soportar con fortaleza muchos defectos inevitables, como amor poderoso que podrá por fin transformar todos los males.

Amigo mío, me consuelo en el pensamiento de que la voluntad de Dios se cumpla en mí. Su mano es la que me ha conducido hasta aquí y es ella también la que me retiene aquí. Aquí estoy cargado con la administración de la diócesis. Se me muestra una confianza sin límites y espero mantener en ella al menos una parte del bien que hizo el digno obispo que ahora y siempre será el objeto de mis añoranzas. Amigo, pide por el pobre Juan : es la debilidad, la misma miseria ; se encorva bajo el peso de este inmenso fardo con la que le carga la Providencia ; ven en mi ayuda, otra vez más, reza por el pobre hermano Juan.⁴⁷

Por la convicción de saberse siempre en manos de Alguien mayor, el creyente espera cumplir su proyecto sin seguridades externas, en la atención sosegada a los planes que cada día aparecen, sin estar fijados en nada ni en nadie. Con la segura tranquilidad de que Dios Providente nos ha de marcar los mejores caminos. Es eso lo que contaba Juan María a su hermana y cuñado, con la libertad de la confianza, con cierta ironía y humor para consolarse de la carga de verse a los 34 años encargado de la administración de la diócesis con un equipo más bien limitado y frágil.

⁴⁶ A los Hermanos de las Antillas. el 19 de febrero de 1842.

⁴⁷ A Padre Hay. St. Brieuc el 16 de enero de 1815.

Somos cuatro con el mismo título: uno me ayudará, es el sacerdote Sr. Manoír, hombre excelente y que me tiene mucho afecto. Los otros dos firmarán, algo es algo: el Sr. Floyd es la santidad misma cargada con 80 años, el Sr. Boulard no tiene más que setenta, pero es el gran chantre. Nos arreglaremos perfectamente, y yo espero que nuestra administración irá tan bien como puede ir en una diócesis en al que no hay ya un jefe único. En fin, es una obra de entrega: yo no he podido negarme a contribuir. ¿Qué será de mí luego? No sé nada y no quiero prever nada. Me echo con los ojos cerrados en el seno de la Providencia.⁴⁸

Quando nombran un nuevo obispo para Saint-Brieuc, Juan María se encuentra con un hombre rudo y tan expeditivo como torpe en la administración: decide sin consultar, en las sesiones del Consejo episcopal se muestra distraído, lento en concebir, consagrado a minuciosas discusiones interminables. Quiere que el pueblo sepa que las cosas se hacen gracias a él. Las relaciones del obispo con su Vicario van a ser difíciles. Y otra vez se le presenta el camino abierto y desconocido para su futuro. Se encuentra como tantas veces, con la vida por delante, esperando una señal en forma de nuevo “lazo” que le muestre las sendas para transitar sin miedo. Es una espera sosegada, serena, con una búsqueda lúcida. Va aprendiendo que será Dios quien decidirá su porvenir, porque sólo Él es el dueño.

Lo importante es percibir las huellas de la Providencia colocarse tranquilo en su seno, sentir su calor primero, dejarse arropar por su seguridad. Es ella la que indicará, por mediaciones humanas, el lugar y el modo de servir al Reino.

En fin, al no tener ya el pobre obispo ningún tipo de apoyo en la opinión pública, va de izquierda a derecha, buscando gente que lo alabe, pudiendo conseguir sólo que los marineros se quitan la gorra cuando él les prodiga sus bendiciones. Hasta aquí hemos llegado; espero con paciencia, y esperaré el mayor tiempo posible, porque yo no debo apresurarme, con mi ida de aquí, en echar abajo un número tan grande de centros valiosos que la divina Providencia ha levantado por mis manos.⁴⁹

⁴⁸ Al Sr. Ange Blaize y Sra. St Brieuc le 16 de enero de 1815.

⁴⁹ A Querret St. Brieuc el 8 de mayo de 1821.

Descubrir el proyecto de la Providencia, su paso misterioso, no es un problema fundamentalmente teológico, sino esencialmente espiritual. Se hace presente en su Palabra, en los acontecimientos de la historia, en la voz y los ojos de los pobres, en los niños y jóvenes que reclaman desvelos y atención. Todo cuanto sucede tiene el aroma de la presencia de la Providencia. Se lo ha dicho ya repetidamente a los Hermanos, con acentos teológicos, cierto, del siglo XIX.

Y, en efecto, Hermanos míos, desde el momento en que estamos persuadidos de que hay una Providencia suprema y benevolente que dispone todos los acontecimientos, que cuida de todo lo que pasa aquí abajo, debemos reconocer por todas partes su mano, y por consiguiente, no nos está permitido dudar de que todo cuanto nos acontece, lo permite, lo arregla para nuestra santificación, para nuestra eterna felicidad.⁵⁰

Sentir el calor de la Providencia en el trabajo diario de abrirse al Reino, supone no pocas veces el cambio de planes y proyectos, pues el camino de la vida lo vamos haciendo día a día y nuestro Dios es el Dios de la sorpresa y novedad a cada instante.

Juan María era el primero que experimentaba la Providencia suprema y benevolente que predicaba a sus Hermanos. Por eso, a través de derroteros inesperados (« acontecimientos extraños»), va a ir a intuir caminos, cambiar proyectos, andar por la vida en itinerancia de horizontes.

Nunca había pensado en fundar religiosas. El pequeño núcleo de jóvenes piadosas y abnegadas que él había apoyado firmemente en Saint Brieuc sería comunidad adherida a la Sociedad de Hijas del Corazón de María. Pero en una intervención desafortunada del Obispo, que quiere desposeerlas de su propiedad, será el detonante para descubrir la voz de la Providencia que le impulsa a convertirse en Fundador.

Le duelen las intrigas que quieren desposeerle de la propiedad misma de la casa, pero más le aflige el ver el grupo de mujeres solas, sacudidas hasta la amenaza. Por eso escribe a la Superiora general de la Sociedad de Hijas del Corazón de María:

Las señoritas que dirigen la Casa de la Providencia, al saber que se exponían a perderme, y queriendo dar más solidez a su centro, han

⁵⁰ Sermones II 405 P.1972.

creído que había que transformarlo sin dilación en comunidad religiosa y tomar medidas para que se apruebe legalmente; esto no se puede armonizar con los reglamentos de la Sociedad, y cambia enteramente mis primeros proyectos; pero creo ver en los acontecimientos extraños que se oponen a su ejecución, un designio particular de la providencia, y me dejo conducir por ella.⁵¹

Siente la llamada recia de Dios que le pide hasta cambiar totalmente los caminos previstos, los horizontes de futuro que personalmente se había diseñado. En la vida, en la voz de las personas, en los acontecimientos opacos, Dios llama y dirige, se revela y traza nuevas sendas

A este testimonio le falta la imagen inspiradora. Dos pies sobre una cuerda arqueada por el peso. Solo los pasos de un funámbulo. El vacío, se intuye. El gesto tenso de atención concentrada, la frente fruncida, los ojos fijos en el horizonte... no aparecen. El testimonio nos descubre el corazón.

.....

CAMINANDO POR LA CUERDA FLOJA

Es un gran ejercicio de confianza, ¿no me cabe la menor duda! Pero ¿confío de verdad?, ¿tengo experiencias de confianza que me llevan más allá de lo imaginado? Con lo que nos gusta en nuestra sociedad moderna ser dueño de nuestras propias decisiones, sin dejar interferir a nadie en las mismas, me aventuro a pensar que también yo necesito ejercitarme más en este campo de confiar.

¿Qué me ha llevado a mí a confiar? Es precisamente en la vida, en los acontecimientos cotidianos donde uno se descubre en este extraño ejercicio de confiar en uno mismo, en quienes nos rodean o en Dios... ¿A caso no será lo mismo?

Confío cuando me siento caminar por la cuerda floja sin red. Es una sensación extraña, haces lo que crees que tienes que hacer, dar la cara por un alumno/a, promover una iniciativa en tu comunidad, acoger a un inmigrante en casa,... Y sin embargo, sientes el vértigo del rechazo, la incomprensión o la crítica oculta. Son momentos cotidianos donde lanzarse y confiar en gestos o iniciativas atrevidas marcan la diferencia

⁵¹ A la Sra. De Saisseval. el 29 de enero de 1821

entre vivir en la mediocridad o con profundidad, sin importarte lo que vayan a decir.

Siento que crezco en confianza cuando perdono de nuevo a quien sigue fallando, ¡son tantas veces! En mi tarea de educador me parece clave, la misericordia es profundamente sanadora. Empezar de cero con cada joven, especialmente con los más complicados, los que me buscan las vueltas, los que me provocan y se enfrentan, los que me faltan el respeto y cuestionan mi rol de educador. Hubo un alumno que me dijo en el autobús de vuelta de una excursión, “lo que más me gusta de vosotros es que cada día empezáis de cero”. Ha sido de los mejores elogios que he recibido. Me recuerda que la confianza necesitas de esos lazos, que hablaba Juan María, cargado con un amor incombustible. Son ellos quienes nos evangelizan, y nos recuerdan que también es necesario aprender a empezar de cero con nuestros hermanos de comunidad. Cuando escucho a quien sabe que lo que tiene que decir me va doler, y aún así, acojo sus palabras como oportunidad de crecimiento y de cambio. La Providencia se nos regala a través de personas y acontecimientos, inesperados casi siempre, pero que señalan esas experiencias y encuentros como significativos. Doy gracias a Dios por esos hermanos, experiencias que a mí me han marcado: las clases en la cárcel, el tiempo libre con hijos de prostitutas, el trabajo de animación de pastoral, la vida en comunidad, que saca lo mejor y peor de cada uno... En estas experiencias he vivido, y aún vivo, esos espacios de contraste y crecimiento

¿Confío?... Sé que confío cuando a pesar de no tener todas las respuestas a todas las preguntas, avanzo con todas las incertidumbres. Cuando acepto que no todo está en mis manos y reconozco que no soy el único protagonista de mi historia, cuando reconozco que es una historia entrelazada, ¡con tantos protagonistas! Confío cuando experimento el vértigo del fracaso, del engaño, o de la decepción, y aún así, seguir caminando.

Es importante la experiencia de confianza. El relato de José (Mt 1,16.18-21.24a), uno de los patronos de nuestra Congregación, nos recuerda que se puede caminar sin todas las respuestas, y como si de un sueño se tratase, se puede escuchar esas intuiciones profundas que nos lleven a esas opciones, que aunque son arriesgadas e incomprensibles para muchos, para él fueron expresión de un amor incontenible. Por eso podemos confiar, porque amamos, y el amor suple muchas tonterías, medias verdades, miedos, vergüenzas, seguridades, y hasta los viejos orgullos ya casi olvidados.

– ***La Providencia de un Padre siempre presente, en luz y en oscuridad.***

Nos asomamos a los evangelios para tratar de descubrir cómo vivió Jesús la experiencia del Abbá Providente, con el deseo de poder acercarnos y “alcanzar su gradual conocimiento”. Al hacerlo vemos como tres etapas :

➔ En primer lugar, el pasaje que narran Mateo y Lucas (Mt 6,25-33; Lc 12,22-31) en el que Jesús nos invita a la des-preocupación por los problemas de la vida. Porque, si vuestro Padre del cielo viste a los lirios y alimenta a los pájaros, ¡cuánto más no hará por vosotros...! Vosotros buscad el Reino de Dios y su justicia, y lo demás dejádselo a él. Agarraos a esto último, desprendeos de todo lo demás.

Se trata de una primera visión a problemática de la Providencia, típica de la tradición sapiencial sobre Dios, en la que Yahvé aparece como el Dios bueno y providente que rige los destinos de Israel y de cada uno de los hombres. ¿No fue acaso esta experiencia desbordante de Dios como Abba suyo, y también del mundo, la que arrancó a Jesús de Nazaret lanzándolo a la vida pública? ¿No se vio confirmada por el Espíritu esta experiencia suya de Dios en el episodio del bautismo? ¿No fue acaso esa variante sobre quién y cómo es Dios lo que separó a Jesús del movimiento de Juan?

¡Cuántas veces oiría Jesús en la Sinagoga de su pueblo natal textos tan maravillosos como éste!:

*«Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos;
lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a la niña de sus ojos.
Como el águila incita a su nidada
revoloteando sobre los polluelos,
así extendió sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.
El Señor solo los condujo,
no hubo dioses extraños con él.
Los puso a caballo de sus montañas
y los alimentó con las cosechas de sus campos» (Dt 32, 10-13)*

¡Cuántas veces los oiría, y pensaría en ellos, y se alegraría su corazón de tener un Dios así, en aquellos largos y lentos años de Nazaret...!

➔ Hay un segundo pasaje en la vida de Jesús que indica claramente una evolución en la experiencia de Jesús con respecto a la providencia de su Padre Dios. Es aquel en el que Jesús, de improviso, exclama: «¡Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a pequeños!» (Mt 11,25; Lc 10,21).

Este dicho de Jesús hay que situarlo en un contexto histórico en el que Jesús se ha hecho ya consciente de que la cerrazón de los sabios y prudentes de su tiempo con respecto a los misterios del Reino se va a volver contra él hasta llevarlo a la muerte. Es como si Jesús dijera: Si las cosas van a suceder así, bendito seas. Sé que en ese horizonte de alegría para los pequeños y de nubarrones para mí, tú seguirás siendo mi Abba, mi Padre.

➔ La oración de Jesús en Getsemaní y su grito en la cruz, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», añaden un nuevo dramatismo al tema de la Providencia de Dios. Nunca abandonó Dios a su Hijo, pero todo sucedía como si lo hubiera abandonado, como si no se ocupara de su tragedia, como si no lo tuviera ante sí. (Tener a alguien ante sí: ése es el significado de la palabra latina pro-videre, de la que deriva el término «providencia»). Jesús tiene que vivir ahora su confianza en Dios en el interior de una noche oscura, en la que hablar de un Dios providente carece de confirmación empírica, suena a puro engaño o a invención. Es lo que J.B. Metz llama, al hablar de la Pasión de Cristo, “la pasión teologal”, la de sentirse abandonado de Dios

¿Cómo pudo Jesús hacer frente a ese vacío, a ese sin-sentido? Es la memoria lo que salva a Jesús. Jesús había hecho tanta y tal acumulación de memorias sobre Dios como Padre suyo y Padre del mundo, se había visto tantas veces envuelto y rodeado por su amor, que en el trance supremo de la Cruz es esa memoria la que impone su fuerza sobre la oscuridad que amenaza con destruirlo. La memoria del Amor vence definitivamente al ataque brutal del contrasentido, del abandono.

✓ Dios accesible y libre. En toda relación personal, que un amigo sea para nosotros accesible, es fuente de confianza, de seguridad, de dicha. Pero que sea libre.... Su libertad puede ser para nosotros fuente de

inseguridad, de miedo, de incertidumbre, porque nunca podemos estar seguros de si la empleará siempre a favor de nosotros o tal vez en contra. La diferencia entre Dios y nosotros en este punto concreto es que su libertad coincide siempre con su amor, es decir, que nunca utilizará en nuestra contra su libertad. Nosotros «tenemos» amor, y por eso podemos dejar de tenerlo. Dios «es» amor, y por eso no puede dejar de serlo nunca. Nunca su libertad será ejercida en contra nuestra.

*Lo que es cierto es que el mejor de todas las medicinas, es descansar dulcemente nuestra voluntad en la voluntad de Dios, que **no piensa** sobre nosotros **más que pensamientos de paz**, y que **no medita** sobre nuestros corazones **más que meditaciones de amor**. ¿No estás de acuerdo conmigo, señor doctor, y no aconsejaríais a vuestro amigo enfermo, no perder ni una sola gota del amargo cáliz que la mano divina le presenta? ¡Ah, que él pueda apurarlo hasta los posos y que no deje de adorar y de bendecir a esta Providencia tan llena de misericordia que quiere enriquecerlo con todos los tesoros de la Cruz!⁵²*

Esa convicción fue la que sostuvo la confianza de Jesús en la prueba, y ella será también la roca inmovible de nuestra confianza en un Dios que es siempre providente, aunque su modo de serlo nos sobrepase - ¡y hasta qué punto...!- en tantas y tantas ocasiones...

Viendo tu carta, parece que tienes el ánimo sombrío y que lo ves todo negro; eso se entiende y no me sorprende; sin embargo ten cuidado en dejarte llevar por inquietudes demasiado vivas; confía en la Providencia; a veces nos prueba, pero es una buena madre.⁵³

Siempre estamos «conducidos por la mano misericordiosa de la Providencia », máxime en los momentos en que sólo experimentamos el vacío, el desfondamiento, el silencio de un Dios que está con presencia muda,

Cuando Dios nos vuelve la espalda, no está menos cerca de nosotros, en ese momento no le vemos ya, es verdad, pero está a nuestro lado para ayudarnos y defendernos...Gozarse en la noche oscura de la fe: no buscar tener todo previsto y estar prevenidos en todo. (...) Hacer lo que se pueda y lo que se deba; felicitarse por no encontrar ningún apoyo humano y después dormirse dulcemente en el seno de nuestro Señor Jesús.⁵⁴

⁵² A Bruté de Rémur. el 16 agosto de 1807.

⁵³ A Hno Abel Lucas, el 20 de mayo de 1848

⁵⁴ *Mémorial* 33 et 19.

Debemos creer por tanto, en un Dios providente, no al margen de todo aquello que parece contradecir la providencia de Dios, sino mirándolo de frente y padeciéndolo. Buscando después el rostro de Dios en ello.

✓ Hay un acontecimiento en la vida de Pablo que, pueden ayudar a entender - ojalá que también a vivir - la confianza en Dios, es decir, la fe en un Dios providente:

Al leer Rom 8,31-39 nos encontramos con un dato inamovible: la firme confianza de Pablo en Dios («¿quién será capaz de apartarme del amor de Dios?»). La letanía de dificultades por las que ha tenido que pasar es impresionante: palizas, lapidaciones, naufragios, robos, maledicencias... que concluirán con su martirio en Roma años después. ¿Dónde apoya entonces Pablo su desafío a todos los poderes de este mundo y del otro, dado que no puede hacerlo en una vida carente de sufrimiento y llena de éxitos? En que el amor de Dios ha sido infinito y definitivo en el don que nos hizo de su Hijo Jesús. Ése es el gran argumento paulino de la confianza a todo trance, es decir, de la fe en la providencia de Dios.

La historia de Pablo estuvo llena de esos datos que parecen contradecir que la vida esté habitada por un misterio acogedor, providente, bueno. Pablo no los niega, los tiene en su pensamiento. Pero, aún con toda la fuerza de oposición a Dios que brota de ellos, Pablo constata que hay otro dato que fue tan decisivo, tan central, tan impresionantemente bueno y amoroso en su vida que desbarata el argumento contrario, lo deja sin fuerza: el amor de Cristo que él tiene fijado en la memoria del corazón. «Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni lo presente ni lo futuro... será capaz de apartarme del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús».

Este argumento indirecto de Pablo suena a una fe y una confianza radicales en Dios a pesar de... ? Así es, sin duda. Teólogos de la talla de Paul Tillich o pensadores como Paul Ricoeur también piensan así. Dice este último: «El mal es la categoría de lo a pesar de. Éste es precisamente el riesgo de la fe: creer a pesar de. Si nos interrogarnos unos a otros, confesaremos sin duda que es siempre a pesar de... como creemos».

✓ Y así transitó por la vida Juan María. Sin duda que como a San Pablo, como a Cristo, el recuerdo vivo, la memoria de tanto bien recibido le mantuvo en pie en los momentos de cruz intensa que atravesó su vida. Así lo predicaba encendidamente en sus sermones, lo escribía en sus

cartas, en los que aparece la Cruz, como acompañante imprescindible de un auténtico seguimiento. Lo ha dicho clara y audazmente, el papa Francisco en su primera misa, a los Cardenales : « Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.»

En este seguimiento de Jesús, en la identificación con sus sentimientos, es donde se encuentra el consuelo

*Siento, querida hija mía, qué grandes son tus penas y qué roto está verdaderamente tu corazón. La posición de tu familia es cruel y hace que la tuya sea extremadamente difícil y dolorosa. En el seno de Dios y en el corazón adorable de Jesús es donde tienes que ir a sacar la fuerza y el consuelo que necesitas.*⁵⁵

Un discípulo es aquél que entra en los misterios de Jesús y los hace suyos :

El misterio del dolor de Getsemaní, que es misterio que se vive como una experiencia confiada de filiación:

*Que se haga la voluntad de Dios, querida hija mía, es eso lo que tenemos que decir siempre, pero especialmente cuando el Señor se complace en hundirnos en el desconsuelo y las lágrimas... ¿Qué decía él, hija mía, en este momento de angustia ? Se postraba delante de su Padre, adoraba su voluntad y no tenía otro deseo más que el cumplirla. Así debemos siempre bendecir a la Providencia.*⁵⁶

El misterio de morir fuera de las murallas de la ciudad, como hereje expulsado de la comunidad santa. (« Jesús sufrió la muerte fuera de la ciudad » (Hebreos 13,12)).

*Me encuentro en la posición más triste frente a mi obispo ; quiere a toda costa quitarme la licencia, echarme ; incluso me ha amenazado de suspenderme. ¡Bendito sea Dios ! La caridad crucificada es la más pura, decía Ollier ; pide a Dios que él me mantenga fiel a mi vocación. Acabo, amigo mío, porque me falta papel. Reza por mí, por este pobre Juan, cuyas necesidades son tan grandes, y que te quiere con una amistad tan tierna en Nuestro Señor.*⁵⁷

⁵⁵ A la Srta. Jallobert de Monville. el 3 de julio de 1814.

⁵⁶ A la Srta .Jallobert de Monville. el 27 enero de 1815.

⁵⁷ A Bruté de Rémur. el 18 de diciembre de 1820.

El misterio de la gratuidad en la cruz, haciendo propios los mismos sentimientos y las mismas palabras de perdón del Crucificado. En los momentos dolorosísimos de la crisis menesiana, escribiré dolorido y afectuoso.

Una de tus frases respecto de (Féli) me ha hecho más daño que una puñalada: ¡oh, mi pobre Persehais, al recibir este golpe de tus manos, elevo los ojos al cielo, llenos de lágrimas, y te repito esta oración de Jesús al morir en la cruz: ¡Dios mío, perdónale, porque no sabe lo que hace!

Te tengo un sincero afecto, querido Persehais.⁵⁸

D+S SOSTENIDA POR DIOS...

Aún hoy recuerdo, y mi corazón se emociona, al contemplarme entrando en la UVI del hospital. Durante dos meses, mi hijito muy amado, se había debatido con una enfermedad cuyo origen los médicos desconocían. Por tercera vez entraba en el quirófano, iba a ser la definitiva...

Después de tres horas de intervención me dejaban acceder al sagrario de todo hospital, al interior más íntimo del templo: La UVI... Entraba descalza y desnuda... Dios nos había sostenido durante los dos meses, Él había sido mi fuerza en mi extrema debilidad, me había llevado en Sus Brazos hasta el límite del dolor, y había tomado nuestra vida entre Sus Manos... En la compañía de los días, y en la soledad de las noches, Él había sido la Presencia siempre presente...

Aún hoy recuerdo, y mi corazón se emociona, al contemplarme entrando en la UVI:

Eran 7 los niños que allí estaban tumbaditos en sus camas, conectados a las máquinas. Entre ellos mi hijito muy amado, que no se había despertado todavía del sueño de la anestesia. Me acerqué descalza, desnuda y temblando... Sus bracitos en cruz y su costado abierto: Dios mío estás aquí, en cada uno de estos niños, crucificado; Dios mío estás aquí, en cada una de estas madres, sufriendo, Dios mío estás aquí, en cada una de estas enfermeras, sanando las heridas del cuerpo y del alma. Todo eras TÚ... Entonces Te vi:

⁵⁸ A Padre Persehais. el 15 de febrero de 1835.

La máquina que sostenía en cada niño el palpito de las demás máquinas, sobresalía con dos iniciales: DS. Luego supe que significaban “Deutsche System”, pero para mí, entonces y ahora, siguen significando lo mismo:

Dios Solo sosteniendo la vida que sueña con volver a la vida...

Dios Solo sosteniendo la vida que, sin soñarlo, va al encuentro de la Vida...

La “memoria” salvó a Jesús, la “memoria” de un amor irreductible salvó a Pablo. La memoria salvó también a Juan María. Nos salvará a nosotros si hacemos diariamente memoria agradecida del paso del Señor en nuestra vida. Si nos hemos sentido conducidos y acompañados durante tanto tiempo hasta ahora, tenemos razones para expulsar de nuestro horizonte la ansiedad y los miedos que amenazan la vida filial y fraterna.

4- FRUTOS DEL CORAZÓN QUE SE VIVE EN MANOS DE LA PROVIDENCIA

4.1- La paz serena frente al miedo

Una de las frases de Jesús más repetida en los evangelios es : “¡No temáis!”. En la tempestad en el mar (Mc 6,50) , en la Transfiguración (Mat 17,7), en la llamada a confiar en la Providencia de Dios (Mt 6,25; Lc 12,22), en el encuentro pascual (Mc 16,6; Lc 24,38) siempre aparece la insistencia a la confianza. “¡No temáis, no os angustiéis, no os preocupéis!” Y la razón suprema para vencer el miedo y abrirse de par en par a la confianza: la ternura de Dios que nos envuelve y su rotunda decisión de regalarnos la plenitud de la vida y de la dicha. “No temas, pequeño rebaño, que vuestro Padre ha decidido daros el Reino”.

Vivimos en una época dominada por el miedo. Están por un lado los miedos de siempre, miedos que en los hombres y las mujeres de hoy son tal vez más ostensibles que nunca (el fracaso, la enfermedad, el sufrimiento, la vejez, la muerte...) Pero están también esos miedos planetarios de hoy (la crisis económica, la amenaza nuclear, la destrucción de la naturaleza, el terrorismo incontrolable...)

Se necesita hoy una auténtica terapia de confianza. La fe en la Providencia nos ofrece reservas inagotables de confianza y de paz. Por ella aprendemos a curar los miedos ocultos, a no temer el futuro, a no obsesionarnos con los bienes materiales, a no recelar del otro, a confiar en la humanidad a pesar de todo, a ensanchar los márgenes de la confianza mutua.

– *Nuestras fuentes están en ti*

Aunque el ser humano sea, límite, vacío y herida, puede vivir en la serena confianza, en la apacible quietud, porque sabe que el Dios Providente está en todo momento dándonos todo, dándonos del todo, obrando en favor nuestro y para nuestro bien.

Él es la razón de nuestra paz, no porque somos atraídos por Él, sino porque Él se siente incomprensiblemente atraído hacia nosotros, porque

Qué le habíamos hecho para que nos amase así? ¿Qué hay en nosotros que merezca atraer sus miradas y su misericordia? Nada, hija mía... es a Jesucristo a quien ama en los pobres pecadores que se presentan a él como sus miembros y que no forman más que uno, en cierta manera, con aquel en quien había puesto todas su complacencias.⁵⁹

Como ha dicho Juan María la raíz de nuestro absoluto sosiego está implantada en la experiencia de sentirnos objeto de las eternas complacencias de Dios, la misma experiencia del Jordán en nuestro ser más hondo. En el Jordán se radicalizan esa experiencia y esa certeza: que nuestro ser, el ser de todos, está tatuado en las palmas de su mano (Is 49,16), gestado en las entrañas del Eterno (Is 43,1; Sal 139,13).

Jesús se descubrió Hijo, fluyendo de Dios, deshaciéndose en tierra y haciéndose barro para dejarse moldear, no a través del azar ni de la necesidad, sino surgido del deseo indecible, primigenio, de un Dios vaciándose en amor. «Tú eres mi Hijo, mi complacencia, mi descanso, allí donde encuentro un Lugar para poderme dar y manifestarme sin medida, sin tropezar con ningún obstáculo». La fuente encontró en Jesús una concavidad inacabable donde verterse.

Cuando nos llama y nos atrae, seguir el atractivo de su gracia, ir a él con la sencillez de un niño pequeño que se deja llevar de la mano.⁶⁰

– **Os doy mi paz**

Estamos llamados a ser místicos de ojos abiertos; a ir por la vida atentos, con capacidad de descubrir a Dios en el espesor de toda la realidad y encontrar allí las huellas de su presencia y de su actuación.

Esforcémonos por adquirir esta inalterable serenidad, esta calma de espíritu, esta dulzura llena de alegría, de paz, amor y esperanza, que ha sido prometida y que ha sido concedida a los que, elevándose por encima de la naturaleza y los sentidos, ven a Dios y sólo ven a Dios en todo.⁶¹

⁵⁹ A la Srta Amable Chenu, el 12 de julio de 1816.

⁶⁰ *Mémorial*, 18-19

⁶¹ *Mémorial*123 – 124

Si descubrimos a Dios presente en nuestro propio corazón, ya sabemos también cómo actúa en la intimidad de toda persona, sin excluir absolutamente a nadie. El hombre de mirada contemplativa sabe que Dios actúa amando y liberando en el fondo de toda realidad con una discreción infinita.

*Por eso, hija mía, mantente en paz, no porque seas buena, sino porque Dios es bueno, porque es Padre*⁶²

No se pregunta si Dios está ahí, sino cómo actúa y está ahí, en esa circunstancia o persona concreta. Todo esto no es natural, como respirar. Supone un esfuerzo de atención, supone mantener la pregunta, suplicar la mirada contemplativa y creyente sobre todo para atravesar realidades duras y difíciles en las que Dios parece estar ausente. Cuando Juan María está viviendo en medio de acontecimientos turbulentos, objeto de desconfianzas y delaciones, cuando surgen graves problemas por la encíclica papal que condena a su hermano y el artículo de l'Ami de la Religion, que lo acusa de complicidad, intentará poner la paz en sus amigos.

*Espero encontrar a nuestra buena amiga la Srta de Tremereuc, a quien ya le he contado mis últimas aventuras, que le han entristecido más que lo que me han afectado a mí mismo, porque, de todo esto, a pesar de las apariencias contrarias, creo que resultará un gran bien : abandonémonos sin reserva a la Providencia.*⁶³

Las expresiones de honda paz en Juan María nacen de la experiencia de Dios que se le ha ido revelando y le ido habitando de un Dios de ternura entrañable, amor sin condiciones como el de los padres. Esta concepción es central, de forma que aparece escrita varias veces en su cuaderno de notas de el Mémorial.

El alma que es dócil y maleable en las manos de Dios, que no se resiste a las inspiraciones de su gracia, que, olvidándose totalmente de sí misma, no desea y no busca más que la gloria de Aquél a quien ama ; que está profundamente convencida de la acción de Dios en todo... esta alma, lejos de irritarse por la contradicción de sentirse dolorosamente agitada por continuos movimientos de impaciencia y de despecho, disfruta de una paz que nada altera y siempre bendice,

⁶² A la Srta. Jallobert, reproducido en *Mémorial* 126

⁶³ A la Srta. de Lucinière, el 12 de octubre de 1834

*adora, con una alegría apacible y un tierno amor, los designios de la Providencia sobre ella.*⁶⁴

4.2. La audacia confiada

En el año 2000, el Capítulo al definir la Providencia como línea clave de nuestro carisma, la explicaba en estos trazos: “El abandono vivido como disponibilidad y confianza audaz que disponen a la paz y a la alegría”. Porque el abandono en la Providencia no es el encogimiento, o el “pasivismo” pueril, sino todo lo contrario. Ya que mi vida está maternalmente acogida, una mano conduce empujándome en mi misión, unas alas me cobijan en los fríos y calores, puedo tener la audacia de poder todo en la fuerza del que me sostiene.

Lo que parece que Dios va buscando de nosotros, por encima de todo, es que los riesgos no nos provoquen miedo ni encogimiento, sino esa audacia tranquila con la que se fían los niños. Una audacia en la que, misteriosamente, no se pierde el «temor de Dios», la adoración y el deslumbramiento sobrecogido de quien presiente que le está rozando un amor que le sobrepasa. El que está dispuesto a dejarse alcanzar por ese amor llega a saber per propia experiencia hasta dónde es posible llegar en la despreocupación por el propio destino cuando se le reconoce en buenas manos.

*Si muriese mañana, que sería de todo esto ? Me lo pregunto y mi respuesta es un acto de fe en la Providencia.*⁶⁵

Una experiencia que se repite en las narraciones bíblicas de vocación es la resistencia del que es llamado y la confesión de sus miedos e incapacidades: Moisés pretexta que es tartamudo (Ex 4,10); Gedeón, que pertenece a un clan insignificante (Je 6,15); Jeremías, que es demasiado joven (Jr 1,6); Pedro, que es un pecador (Lc 5,8)...

En ningún caso se niegan esas incapacidades, pero junto a ellas aparece el «Yo estaré contigo», que las sitúa en otra clave y hace posible emprender la misión a partir de una fuerza que no se posee, pero que se recibe como un don. Misma sensación ante la llamada a cambiar la hoja de ruta de todo el proyecto que Juan María había diseñado para su obra.

⁶⁴ *Mémemorial* 119-120.

⁶⁵ Al Ministro de Instrucción Pública, el 13 de noviembre de 1837.

*El Sr. Ministro de la Marina ha encargado al Prefecto del Morbihan que me exprese su deseo de contar con algunos de mis hermanos para la instrucción de los esclavos emancipados de Martinica y Guadalupe. Yo no he dicho no, porque ¡sería una hermosa y santa obra! Pero todavía no le he dicho sí, porque siempre me vuelve la triste objeción: ¿dónde voy a encontrar bastante gente para satisfacer tantas necesidades, y por qué mandarlos tan lejos cuando se tienen tan pocos?*⁶⁶

(La fe del Fundador, su confianza en la Providencia, la misma entidad del desafío, hacen que acepte la propuesta del Ministro y que tome alas para afrontar con audacia el desafío.)

Hay un relato evangélico rico en matices acerca del miedo y la audacia de la fe. Se trata del texto de Mc 4, 53-41. Existen dos momentos en la vida de fe: un tiempo débil que no acierta a esperar que ese Jesús dormido pueda levantarse, increpar al viento y serenar el mar. Es esto lo que no comprendieron los apóstoles en fase de “fe débil”. En cambio, la fe “probada”, arraigada en la experiencia de que Dios convierte al perdido, sopla las cenizas del amor apagado, hace resurgir a la comunidad agostada, se mantiene firme en los vuelcos de la existencia como una secreta victoria sobre el mundo de la desesperanza y el temor.⁶⁷

Es verdad que con frecuencia gritamos de miedo ante las incertidumbres de lo que nos toca vivir, pero creemos a pesar de todo que, a bordo de la barca de nuestras aventuras, ha subido alguien que sostiene el timón y que nos llevará “a la otra orilla”. En la oscuridad puede surgir la intrepidez de la fe.

*Estar en la disposición de sacrificarle todos los gustos, todos los consuelos sensibles si quisiera privarnos totalmente de ellos; y hundirnos con una santa intrepidez en las tinieblas con las que nos rodea a veces.*⁶⁸

Cuando nos sentimos divididos entre el miedo y la confianza, siempre depende de nosotros la decisión de mirar la realidad solamente como una amenaza, oyendo sólo el bramido de la tormenta, o conceder crédito a la fe que nos asegura que Alguien está a nuestro lado para sostenernos en

⁶⁶ Al Ministro de Marina, Ploërmel, el 9 de diciembre de 1838.

⁶⁷ Cf. J.M. Rovira Beloso, *Leer el Evangelio*, Madrid 1980, 204.

⁶⁸ A la Srta. Jallobert de Monville, el 3 enero de 1816.

medio de los embates de la vida. Según sea nuestra respuesta, nos hundiremos o nos sentiremos acompañados por Aquel que puede hacernos llegar a salvo a la otra orilla. Esto es la fe.

*Es, pues, esencial, lo repito, guardar silencio y esperar en paz los momentos marcados por la Providencia para el desarrollo de la buena obra.*⁶⁹

Podemos caminar frente al futuro arriesgando lo mejor de nosotros mismos. Cuando el aliento se corta y el desánimo cunde, es bueno que nos juntemos para recobrar el aliento, para reanimar la esperanza. Para respirar, inspirar, esperar. Sí, "la esperanza nos sostiene en la tormenta". La Providencia nos empuja.

Mi vida era como un día claro, soleado, luminoso.

De repente todo se nubla, aparecen nubarrones amenazadores, hay presagios de tempestad.

- "Usted tiene un tumor maligno"

La cabeza da vueltas, sientes en torno a ella como un pesado casco de hierro.

Sientes que un abismo se abre ante ti. Tienes la sensación de que vas a ser absorbido por el vacío. Sentimientos de tristeza y de angustia te rodean.

En ese momento se deja oír una voz en el interior.

- No temas. Estate en paz. No voy a permitir que nadie te arrebate de mi mano. Nadie podrá separarte de mi amor. Con amor eterno te desposé. Refúgiate en mi seno como un niño pequeño en el seno de su madre. Arrójate en mis brazos sin miedo.

Y uno experimenta que la paz va volviendo, la confianza renace. Vas sintiendo la seguridad de estar de verdad agarrado por su mano.

Nace el sentimiento de que, en realidad, toda tu vida has estado agarrado por su mano, refugiado en su seno, protegido por sus brazos.

Si Dios nunca me ha soltado de su mano ¿cómo va a soltarme ahora que más lo necesito?

Experimentas día a día la fuerza de su resurrección.

⁶⁹ A la Srta. Amable Chenu el 8 de abril de 1820.

La serena audacia que nos da la experiencia viva del Padre Providente lo refleja bien esta anécdota que cuenta Henry Nouwen: «Los Flying Rodleigh son unos trapeceistas que actúan en el circo alemán Simoneit-Barum. Cuando el circo llegó a Friburgo hace dos años, mis amigos Franz y Reny nos invitaron a mi padre y a mí a ver el espectáculo. Nunca olvidaré cuan extasiado quedé cuando vi por primera vez a los Rodleigh moverse en el aire, volando y agarrándose como elegantes bailarines. Al día siguiente, regresé al circo para verlos de nuevo y me presenté a ellos como uno de sus grandes admiradores. Me invitaron a asistir a sus sesiones de práctica, me dieron billetes de entrada gratis, me invitaron a cenar y me sugirieron que viajara con ellos durante una semana en un futuro próximo. Lo hice, y nos convertimos en buenos amigos. Un día, estaba yo sentado con Rodleigh, el jefe del grupo, en su caravana, hablando sobre los saltos de los trapeceistas. Y me dijo: "Como saltador, tengo que confiar por completo en mi portor. El público podría pensar que yo soy la gran estrella del trapecio, pero la verdadera estrella es Joe, mi portor. Tiene que estar allí para mí con una precisión instantánea, y agarrarme en el aire cuando voy a su encuentro después de saltar". "¿Cuál es la clave?", le pregunté. "El secreto -me dijo Rodleigh- es que el saltador no hace nada, y el portor lo hace todo. Cuando salto al encuentro de Joe, no tengo más que extender mis brazos y mis manos y esperar que él me agarre y me lleve con seguridad al trampolín" "¿Que tú no haces nada?", pregunté sorprendido. "Nada -repitió Rodleigh-. Lo peor que puede hacer el saltador es tratar de agarrar al portor. Yo no debo agarrar a Joe. Es él quien tiene que agarrarme a mí. Si yo aprieto las muñecas de Joe, podría partírselas, o él podría partirme las mías, y eso tendría consecuencias fatales para los dos. El saltador tiene que volar, y el portor agarrar; y el saltador debe confiar, con los brazos extendidos, en que su portor esté allí en el momento preciso".»

« Cuando Joe dijo esto con tanta convicción, en mi mente brillaron las palabras de Jesús: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu ". Morir es confiar en el portor. Cuidar de los moribundos es decir: "No temáis. Recordad que sois los hijos amados de Dios. Dios se hará presente cuando deis el salto. No tratéis de agarrarlo; él os agarrará a vosotros. Lo único que debéis hacer es extender vuestros brazos y vuestras manos y confiar, confiar, confiar.»⁷⁰

⁷⁰ H. NOUWEN, Escritos esenciales, Sal Terrae, Santander 1999, 146-147.

«Jesús, inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30). Inclinarse la cabeza es el gesto de Jesús que evoca su actitud de consentimiento absoluto al Padre, el final coherente de su apuesta arriesgada de confiar en Él por encima de todo. El que había hecho de su vida entera una donación, entrega ahora su última respiración, con el abandono del niño que se duerme en brazos de su madre.

Contemplando el final de Jesús, podemos hacer el ejercicio de «inclinarse» nuestra cabeza con todo lo que hay en ella de obsesiones por conocer todos los «porqués» y dominar todos los «cómos». «Inclinarse» ante la "lógica de Dios", tan distinta de la nuestra. Darle nuestro asentimiento, no como una manera de saber o de comprender, sino como la decisión de ir más allá de la posesión de certezas constatables. Pronunciar el «sí» de quien, por encima de todo, se sabe seguro y al amparo del Padre.

Nuestra existencia, que comenzó con una inspiración y acabará con una espiración, expresa con ese ritmo vital que todo consiste en acoger la vida y entregarla. Al tomar conciencia de nuestra respiración, podemos simbolizar en la inspiración nuestra acogida de su presencia y de su don, y en la espiración el deseo de vaciarnos, de desposeernos y de entregarnos confiadamente a Aquel de quien recibimos la vida.

Providencia de mi Dios,
oh madre que tantas veces he invocado
y a quien he ofrecido, consagrado, entregado esta casa
y cuantos ha reunido en ella tu gracia.

Providencia, siempre buena,
tan sabia, tan llena de piedad y amor
para con tus pobres criaturas,
te adoramos, te bendecimos,
nos abandonamos en tus manos sin reserva.

Haz de nosotros todo lo que quieras.
Sólo deseamos cumplir tu voluntad en todo:
en las humillaciones y en las grandezas,
en la pobreza y en la riqueza,
en la salud y en la enfermedad,
en la vida y en la muerte.

Providencia de mi Dios, vela sobre tus hijos,
afiánzanos, dirígenos.
Sé Tú nuestra defensa,
nuestra guía, nuestro consuelo,
nuestra alegría y nuestra esperanza.
¡Dios Sólo en el tiempo!
¡Dios Sólo en la eternidad!

Indice

INTRODUCCIÓN

1- ES DIFÍCIL HABLAR DE LA PROVIDENCIA.	6
2- PERO HAY QUE DEJARSE HABLAR POR ELLA.....	11
3- CONFESAR HOY AL DIOS PROVIDENTE	15
1- DIOS POETA DE LA VIDA.	15
– <i>El pasado como sabiduría,</i>	<i>16</i>
– <i>El presente como oportunidad.....</i>	<i>20</i>
– <i>El futuro como “tranquila vigilancia”</i>	<i>24</i>
2- DIOS COMO COMPAÑERO	29
– <i>La Providencia de un Padre que llama a ser con Él compañero</i>	<i>30</i>
– <i>La Providencia del Padre de un Reino que llega.....</i>	<i>33</i>
– <i>La Providencia de un Padre siempre presente, en luz y en oscuridad.</i>	<i>39</i>
4- FRUTOS DEL CORAZÓN QUE SE VIVE EN MANOS DE LA PROVIDENCIA.....	46
4.1- LA PAZ SERENA FRENTE AL MIEDO	46
– <i>Nuestras fuentes están en ti.....</i>	<i>46</i>
– <i>Os doy mi paz.....</i>	<i>47</i>
4.2. LA AUDACIA CONFIADA.....	49